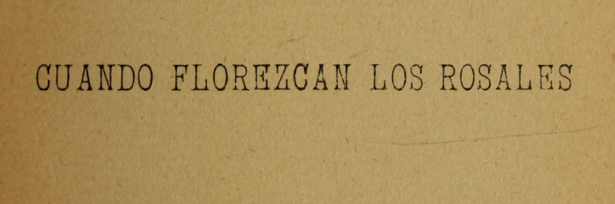

3 1761 09544985 6






E. MARQVINA
CVANDO FLOREZCAN
LOS ROSALES



CUANDO FLOREZCAN LOS ROSALES

EDUARDO MARQUINA

CUANDO FLOREZCAN LOS ROSALES

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL

Estrenada en el Teatro de la Princesa
Febrero de 1913.



RENACIMIENTO
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL
Calle de Pontejos, núm. 3, 1.º
MADRID

Imprenta de Prudencio Pérez de Velasco.—Campomanes, 4.

Á MARÍA GUERRERO

Hay siempre en tus creaciones, sobre lo que es imagen y expresión de la obra escrita, algo *que inspira y revela obras futuras. En realidad, te pertenecen éstas antes de existir. Y dedicártelas, según van apareciendo, es una restitución. Por lo que tiene de justicia, acepta.*

E. M.

CUANDO FLOREZCAN LOS ROSALES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ÁGUEDA................	Sra. Guerrero.
LOLÍN..................	Srta. Ladrón de Guevara.
AMA CONCHA...	Sra. Torres.
SALAZAR..............	Sr. Díaz de Mendoza.
PAPÁ GASPAR.........	» Cirera.
JORGE VALTIERRA....	» Vilches.
BLAS..................	» Mesejo.
UN NIÑO..............	» N. N.

ACTO PRIMERO

Sala grande, convertida en *hall* á la moderna, en la casa de campo del Doctor Ayezcua.

Al fondo, puerta de cristales que abre sobre una *pérgola,* florida de rosas. También al fondo, habrá un recuartito, separado del *hall* por una simple cortina. En este recuartito, la mesa y algunos libros y aparatos del Doctor. Otra puerta, mucho más pequeña, que abre también al exterior.

Á la derecha, chimenea monumental, y á cada lado una puerta. La del fondo comunica con las habitaciones interiores; la de primer término con el cuarto de Salazar.

Á la izquierda, escalinata con barandal de madera que da ingreso á las habitaciones altas; otra puerta, en primer término, de otro cuarto bajo.

Ama Concha, en el despacho del Doctor, abre de par en par el ventanal. Entra á chorros la luz de la mañana. En seguida, y en silencio, abre la puerta del fondo, sobre la *pérgola* blanca, florida de rosas. En la divina claridad de una mañana de Junio, se evapora, como diluída, la lejanía del jardín.

Ama Concha, después de quedarse un instante como embebida en la contemplación del horizonte luminoso, torna á la habitación.

En este momento, acaba de entrar, descendiendo por la escalera lateral, Lolín.

LOLÍN

Buenos días, ama Concha.

AMA CONCHA

Buenos días, Lolín. ¿A su paseo, la enfermita?

LOLÍN

No tengo muchas ganas.

AMA CONCHA

La mañana está buena. Agueda debe haber salido ya.

LOLÍN

¿Sí?

AMA CONCHA

Señalando.

Dejó abierta la puertecita del Doctor.

LOLÍN

¿Salía otros años Agueda, á estas horas?

AMA CONCHA

¿No lo recuerdas?

LOLÍN

No.

AMA CONCHA

Salió siempre. Hace su ronda por el pueblo. Allí madrugan.

Sale por la lateral derecha, segundo término, que estará siempre abierta.

LOLÍN

Es verdad.

Una pausa. Deja sobre una mesa el sombrero que traía puesto.

AMA CONCHA

Volviendo á entrar con lo necesario para el desayuno de LOLÍN.

¿Decididamente no salimos?

LOLÍN

Sentándose.

Decididamente no tengo ganas de nada.

AMA CONCHA

¡Niña!... ¿volvemos á las andadas?... ¿va á resultar que nos cuidábamos mejor estando solas?

LOLÍN

¡Oh, sí, mejor!... ¡tanto mejor!

AMA CONCHA

¡Ingrata!... ¡si Agueda te oyera!...

LOLÍN

Está lejos... ¡quién sabe dónde está! ¡Como no le cuesta andar!

AMA CONCHA

¿Qué te pasa?

LOLÍN

No sé... Me acuerdo de antes... ¡El mes de Mayo ha sido tan bueno en «Los Rosales»!

AMA CONCHA

¿Porque estábamos solas?

LOLÍN

Tal vez... Piensa que yo soy tan para poco, tan para poco, que me basto apenas á mí misma.

AMA CONCHA

¡Oh, la gran enferma!

LOLÍN

La enfermita... ni á gran enferma llego. Ya lo sé. Vivo, gracias á los cuidados de papá Gaspar.

AMA CONCHA

Y de una hermanita de la Caridad, que no lleva tocas.

LOLÍN

Es verdad; gracias á los cuidados de Agueda también. Y á los tuyos, ama Concha. ¡Las noches que te habré martirizado, tirándote del brazo, cuando cabeceabas, sentadita junto á mí!... ¡qué mala soy! Todo lo debo á los demás, y en vez de agradecer, exijo. Bien me dice Jorge...

AMA CONCHA

Bruscamente, interrumpiéndola.

¡Acabáramos, chiquilla!, ¿todo para en eso?

LOLÍN

¿En qué?

AMA CONCHA

¿Puede ser en otra cosa?... Desde que llegamos á «Los Rosales» á reponernos del último arrechucho del invierno, para nosotras dos, en «Los Rosales» no ha habido otra cosa que el señor don

Jorge Valtierra. Desde la primera tarde... Me parece que le estoy oyendo: «Señorita, somos vecinos...» ¡y tan vecinos!

LOLÍN

Sonriendo.

¿Recuerdas cómo nos intrigó, al principio, tropezar siempre con él?

AMA CONCHA

Recuerdo que procurábamos burlarle.

LOLÍN

¡Echábamos á correr, escapando!

AMA CONCHA

Pero tú volvías la cabeza, para ver si el caballero aparecía... ¡con ganas de que apareciera!

LOLÍN

Me gustaba el modo que tenía Jorge de parar la yegua en seco, á dos dedos de mi espalda; de modo que yo sentía en la nuca, como una caricia, el aliento del último resoplido... ¡Qué bonita yegua!

AMA CONCHA

Desde la primera tarde, calé yo que ibas á enamorarte de la yegua.

LOLÍN

Parecía de terciopelo.

AMA CONCHA

Vamos á ver: ¿qué dice de tu caso don Gaspar?

LOLÍN

Papá Gaspar no sabe nada: no le hablé, me da vergüenza.

AMA CONCHA

Bien... ¿y mi Agueda, que dice? ¿Tampoco le has hablado?

LOLÍN

Menos.

AMA CONCHA

¡Oh, sí, cuida, que muerde!... ¡el ogro va á ser ella!... ¡y tratándose de su enfermita! ¡como hay Dios, que iba á tardar en ayudarte!

LOLÍN

Tal vez.

AMA CONCHA

¡Sin tal vez!

LOLÍN

¡Yo no he dicho que no!

AMA CONCHA

Haces peor. No dices nada y quieres que te apruebe cuando piensas mal.

LOLÍN

Ama Concha, no hablemos de eso; me da pena, créeme, ¡no hablemos de eso!

AMA CONCHA

Fingiendo enfado y resentida.

Bien: no hablemos... Tiene razón el Doctor, va á resultar que me tomo demasiadas confianzas con los enfermos.

LOLÍN

¿Pero te vas, ama Concha?

AMA CONCHA, sin decir palabra, muy dolida, se vuelve á decir que sí con la cabeza. LOLÍN se levanta y va á buscarla.

¿Te vas enfadada?

AMA CONCHA

Como la señorita ha dispuesto...

LOLÍN

Abrazándola y acariciándola.

La señorita ha dispuesto que le des un buen abrazo para hacer las paces, tonta.

Se abrazan. AMA CONCHA sonríe.

¡Ajajá!... Y la señorita ha dispuesto que la trates sin contemplaciones, hasta que la riñas si lo ha merecido; pero que no te enfades con ella ni la dejes sola. ¡Ama Concha, no me dejes sola, que tendré ganas de morirme!... ¡Bastante sola estoy!... ¡Si tú supieras!...

AMA CONCHA

¡Niña!... ¿Pero estás hablando en serio? ¿Sufrías de verdad?... ¡Aquiétate, sosiega!

LOLÍN

¡Si supieras!...

AMA CONCHA

¿Qué importa que yo sepa? ¡Debes contárselo al Doctor!

LOLÍN

Con sobresalto.

¡No!

AMA CONCHA

¿Es tan grave?

LOLÍN

Es horrible.

AMA CONCHA

Me asustas.

LOLÍN

Yo, que debía besar el suelo donde pisáis todos vosotros, voy á ser la desgracia de esta casa... Tú verás, ama Concha... voy á ser la desgracia de esta casa.

AMA CONCHA

¿Pero qué imaginaciones?...

LOLÍN

No son imaginaciones esta vez. Me lo está dando el corazón.

AMA CONCHA

¡Niña!

LOLÍN

¿Cuántos días llevábamos sin ver á Jorge?

AMA CONCHA

Vino ayer... y hoy vuelve... Conque si más quieres...

LOLÍN

Pero ayer... ¿cuántos días llevábamos sin verle?

AMA CONCHA

Yo qué sé... cinco tal, vez.

LOLÍN

Cinco... cinco eternidades. ¿Y cuántos días hace que llegaron Agueda y papá Gaspar?

AMA CONCHA

Doce: ¿qué quieres decir?

LOLÍN

Que más pronto...

AMA CONCHA

¡Jesús!... ¡Ave María!... ¿Vas á hacer que carguen ellos con la culpa? Pues ni el Doctor podía acogerle más bondadosamente, ni Agueda mostrarse más amable con el vecinito. Porque eso yo lo he visto.

LOLÍN

¿Lo has visto tú también?

AMA CONCHA

¡Saltaba á los ojos! ¿De qué te quejas?

LOLÍN

De eso.

AMA CONCHA

¿Qué?

Con acento de reconvención.

¡Niña!

Hay una pausa.

LOLÍN

Ama... ¿cómo debe ser Agueda, queriendo?

AMA CONCHA

Tú puedes saberlo.

LOLÍN

¿Te enfadas otra vez?

AMA CONCHA

Por mi Agueda tendría que enfadarme; porque la crié á mis pechos y no la hice tan mala como tú supones... Desde que murió tu padre, ella ha sido hermana y madre para ti.

LOLÍN

Es verdad.

AMA CONCHA

No se me olvida la noche de la clínica, en Madrid, cuando don Gaspar se convenció de que sus cuidados y su ciencia eran inútiles. Tú, enferma también, hacía días que no veías á tu padre. Además, ¡eras tan niña!... ¡nueve años apenas y tan poca cosa desde que naciste!... Por eso había que oir al pobre hombre que apretaba las manos del Doctor y se moría, diciendo: «¡mi enfermita!... ¡mi enfermita!...» ¡Con unos ojos, que pedían de un modo!... Pero Agueda, arrodillada del otro lado, le iba respondiendo: «¡nuestra enfermita!...» ¡con un acento, que confortaba y hacía sonreir al moribundo!

LOLÍN

¡Padre mío!

AMA CONCHA

Y así fué... No te has movido de casa, desde entonces. Y en estos diez años ¿te faltó cariño? Ya puedes saber cómo es Agueda queriendo.

LOLÍN

Sí.

AMA CONCHA

¿Estamos más tranquilos?

LOLÍN

Después de una pausa.

No. Pero no importa. Ahora me consuelan otras cosas.

Junto á la *pérgola*, en la puerta del fondo, acercando á su rostro una rama de rosal trepador, toda florida.

¡Qué divinas flores!

AMA CONCHA

¿Cortamos unas cuantas?

LOLÍN

Águeda traerá. Todos los años, cuando veníamos á «Los Rosales», Águeda tenía esta costumbre. Cada mañana, volviendo del pueblo, las flores para su enfermita.

AMA CONCHA

Este año ya estás buena.

LOLÍN

Por eso no las trae.

Se abre la puertecita del Doctor y Águeda, asomando por ella, dice:

ÁGUEDA

¡Buenos días! ¿Ya andamos con secretos á estas horas?

LOLÍN

Los ojos llenos de lágrimas, observando á su amiga.

¡Qué hermosa es Águeda!

ÁGUEDA

Á LOLÍN, viniendo á primer término.

¿Cuánto rato llevamos de palique y sin desayunar?

AMA CONCHA

Acaba de salir. ¡Si es muy temprano! Hoy madrugásteis las dos, no sé por qué.

LOLÍN

No sé por qué.

ÁGUEDA

Yo, interés que tenía por la jira. Me tardaba hacer mi ronda por el pueblo, cumpliendo los encargos de mi padre. ¿Y veis?... Ya estoy de vuelta. Supongo que Valtierra aun no ha venido.

LOLÍN

Todavía no.

ÁGUEDA

Las siete y media. Vamos á pensar en la enfermita.

Se quita los guantes, y con la mano sobre el jarro de la leche, se cerciora de su temperatura.

Está bien. Azúcar, ama.

AMA CONCHA

Presentando el azucacero.

Aquí.

ÁGUEDA

Á Lolín.

¿Tres terrones, verdad?

AMA CONCHA

Rápida: respondiendo por Lolín.

Sí, tres terrones.

ÁGUEDA

Mientras hace.

El azúcar no es malo. Nutre mucho. Los ingleses hartan de confituras á los niños y hacen bien.

Preparada ya la taza, se dispone á servirla á Lolín.

LOLÍN

¿A los niños?

ÁGUEDA

Con intención cariñosa.

A los niños... Aunque sean mayorcitos como tú; sí. Siéntate.

Lolín, que se disponía á apurar la taza en pie, obedece.

Bebe despacio..., á sorbos pequeñitos..., ajajá...

LOLÍN

Devolviendo la taza.

Gracias.

Ama Concha se va, llevándose la taza y el servicio, por la lateral derecha de segundo término.

ÁGUEDA

¿Ves?... Y si ahora te pusieras el sombrero y echaras poquito á poco hacia el parterre, á coger unas rosas que prenderte al pecho, serías una enfermita tan juiciosa que la salud vendría sola; sin llamarla.

LOLÍN

¿Por qué quieres que me prenda rosas?

ÁGUEDA

¡Te animan tanto!... Ya casi estás buena; pero cuando te pones unas flores lo pareces más. Tengo ganas de verte completamente buena..., ¡fuerte! Y si tú no haces por ella, la salud no hará por ti.

LOLÍN

¿Me acompañas al jardín?

ÁGUEDA

Espero á mi padre.

LOLÍN

Le veremos pasar.

ÁGUEDA

Puede marcharse por la puertecita.

LOLÍN

Es verdad.

Da con pocas ganas unos pasos hacía el fondo; se detiene. ÁGUEDA la observa.

Otros años, Agueda, cuando volvía del pueblo, me traía estas flores, que ahora cortaré solita.

ÁGUEDA

Y este año también; alguna vez.

LOLÍN

No.

ÁGUEDA

Sí... ¿no recuerdas? Me extraña que no lo recuerdes.

LOLÍN

¿Por qué?

ÁGUEDA

No vale la pena; pero me dejaste resentida.

LOLÍN

¿Yo?

ÁGUEDA

Tú... Te había traído cuatro rosas y una de ellas, medio abierta, del rosal que lleva mi nombre. Te lo dije: es la primera que da, y el primer año que florece.

LOLÍN

Sí... es verdad.

ÁGUEDA

Pues nada más. Ya sabes que al marcharse aquella tarde Valtierra, que es tan amigo tuyo, se llevaba aquella rosa. Así la agradecías.

LOLÍN

El me la robó.

ÁGUEDA

¡Ah, te felicito! Tenéis mucha intimidad.

LOLÍN

¿Lo sientes?

ÁGUEDA

¿Lo has tomado en serio?

LOLÍN

¿Lo has dicho tú en burlas?

ÁGUEDA

¿Ves?... Así me gustas... Irguiendo la cabecita y sacando las uñas para defenderte... ¿Por qué no eres siempre así?

LOLÍN

Llevándose la mano al corazón como si se sintiera oprimida.

Agueda...

ÁGUEDA

Cambiando de tono: solicita.

¿Qué te pasa?

LOLÍN

No puedo más.

ÁGUEDA

Con un arranque, corriendo á ella.

¿Te sientes mal?... ¿tienes opresión?... ¡chiquilla!.. ¿te hice daño sin querer?

LOLÍN

Casi en sollozos y vencida.

¡Júrame que no me quieres mal!

ÁGUEDA

¡Lolín!

LOLÍN

Júrame que he de tenerte siempre al lado en todo, en todo... ¡y nunca enfrente de mí!

ÁGUEDA

Que después de una pausa, la abraza y la besa en la frente.

¡Lolín!

LOLÍN

Descorazonada.

¡No me lo juras!

PAPÁ GASPAR

Desde lo alto de la escalera.

¡Andando!... ¡el que me quiera que me siga!

ÁGUEDA

Papá.

LOLÍN

Corriendo á saludarle.

Buenos días, papá Gaspar.

PAPÁ GASPAR

Buenos días. Buenos días, señorita Silvestre. ¡A ver! ¿qué tenemos hoy?... ¡esos ojos!

La lleva á la luz, cogida de la mano y observándola despacio. ÁGUEDA atiende con ansiedad á la inspección.

¿De qué hablábais?

ÁGUEDA

De Valtierra. Parece que tarda, ¿no?

LOLÍN

Quedó en venir á las nueve. ¿Nos acompañarás, papá Gaspar?

El Doctor ha soltado las manos á la enferma. Durante unos instantes aplica un dedo sobre los vasos del cuello, un poco más arriba de la clavícula izquierda.

PAPÁ GASPAR

No puedo. Seguramente no podré. ¿Cómo anda ese herido? ¿Sabes algo, hija?

ÁGUEDA

Para eso quería verte. Acabo de hablar con su madre. Mal. La noche ha sido peor que la anterior. ¡Te esperan con una ansiedad!

PAPÁ GASPAR

Volviéndose á LOLÍN.

¿Ves como no puedo?... Los médicos no tenemos vacaciones, so pena de veranear en un desierto. ¿Había más?

ÁGUEDA

Nada. La pequeñita del hornero ya no tiene fiebre. Y á Blas le tropecé en la Plaza.

PAPÁ GASPAR

¿Cantando?

ÁGUEDA

Como siempre.

PAPÁ GASPAR

¡Son de hierro! ¿Recordáis que el día que llegamos me vinieron á buscar precipitadamente?

LOLÍN

Sí que lo recuerdo.

PAPÁ GASPAR

Era por él. Domando un potro, había recibido una coz en mitad del pecho. Todavía le encontré asfixiándose y con indicios de traumatismo en los

pulmones. Pues ahí le tenéis. Como si nada. A propósito. Hacéos presentar al causante de la aventura, esta mañana. Es uno de los mejores potros de ese amigo vuestro.

LOLÍN

¿De quién?

PAPÁ GASPAR

Imponiendo silencio á su hija con el brazo.

De ese que va á venir dentro de poco... ¿Cómo se llama?

LOLÍN

Valtierra.

Después de decirlo vuelve la cabeza, como para mirar al jardín.

PAPÁ GASPAR

Observándola.

Valtierra, sí. Jorge Valtierra, ¿verdad?

LOLÍN

Apurada.

Sí, Jorge.

PAPÁ GASPAR

Sonriendo.

Bien. Y ahora mientras llega ese señor y son las nueve, el viejo y la niña se irán á dar unas vueltecitas por el jardín... ¿verdad?

LOLÍN

Sin mucho entusiasmo.

Si tú quieres...

PAPÁ GASPAR

Sí; lo quiero. Para que bebas, como te he mandado, en la fuente de abajo, que trae un poco de hierro, y además... para que hablemos. Dime, hija, ¿no crees que á la princesita Silvestre nos la han hechizado este verano?

ÁGUEDA

Con acento frío.

Qué sé yo... ¡podría ser!

PAPÁ GASPAR

Podría... Pero yo quebrantaré el hechizo. ¿Qué te crees? Los médicos venimos á ser en la vida como los magos en los cuentos. Andando. El que me quiera que me siga.

LOLÍN

¿Agueda no viene?

PAPÁ GASPAR

Prefiero que no venga. Las artes de los magos son secretas.

ÁGUEDA

Compadecida de la incertidumbre y angustia de LOLÍN.

¡Lolín!

PAPÁ GASPAR

Saliendo ya.

No la detengas. Es de veras que la quiero hablar.

ÁGUEDA

Será un momento.

Á LOLÍN que ha corrido junto á ella.

En cuanto venga Jorge, te iremos á buscar.

LOLÍN

¿De veras?

ÁGUEDA

Con un esfuerzo.

Te lo prometo.

PAPÁ GASPAR

¡Niña!

LOLÍN

Saliendo, después de vacilar un rato y de abrazar á Águeda precipitadamente.

¡Voy, papá Gaspar!

Sale.

ÁGUEDA

Después de una pausa.

¡Tarde!... Y si encontrara resistencia, menos mal. Pero á mansalva... ¡y á esta criatura!... ¡Quisiera ser mala!

Da unos pasos; se va al fondo á mirar por el ventanal. Sale por la derecha Salazar. Salazar ha registrado primero los titulos de unos libros que hay sobre una mesa: luego ha visto á Águeda que en el fondo, abstraida contemplando por el ventanal, no le sintió entrar.

SALAZAR

Tose un poco para llamar la atención de Águeda; ésta se vuelve á mirar sobresaltada.

Agueda.

ÁGUEDA

¡Señor Salazar!

SALAZAR

Buenos días.

ÁGUEDA

¿Acaba usted de salir?

SALAZAR

Hace un instante.

ÁGUEDA

¿Le sirvieron? ¿pidió uste su café?

SALAZAR

Esperaré á desayunar con todos... ¿No es hoy la excursión á las yeguadas?

ÁGUEDA

Precisamente.

SALAZAR

¿Vino ya el señor Valtierra?

ÁGUEDA

No.

SALAZAR

¿Han salido la niña y el Doctor?

ÁGUEDA

¿Pretende usted abandonarme?

SALAZAR

¡Oh, mi compañía es poco amena!

ÁGUEDA

Se equivoca usted, Salazar. Y además, precisamente en este momento, es oportuna.

SALAZAR

Con asombro.

¿Qué me dice?

ÁGUEDA

Oportunísima. Tengo que hacerle á usted una pregunta, Salazar.

SALAZAR

Con interés que exagera un poco.

Oigamos.

ÁGUEDA

Sin malicia.

SALAZAR

Tal vez sin malicia, pero no sin interés.

ÁGUEDA

¿Por qué supone?...

SALAZAR

¿Que lo que quiere preguntarme lo interesa? Estaba usted tan abstraída, pensando en ello, que ni me sintió llegar.

ÁGUEDA

¿Y cómo sabe que pensaba en ello?

SALAZAR

Me ha dicho usted que llego con oportunidad... He de suponer que mi presencia ha coincidido con el instante en que formulaba su pregunta.

ÁGUEDA

Estaba distraída y nada más.

Una pausa. Fingiendo indiferencia, Águeda se decide á preguntar.

¿Qué piensa usted de Jorge de Valtierra?

SALAZAR

¿Yo?... Poca cosa.

ÁGUEDA

¿Bueno ó malo?

SALAZAR

Es necesario que precise usted. Así, en abstracto, no se piensa nada de los hombres: ni bueno ni malo.

ÁGUEDA

Responda usted, en general. Con ese mismo criterio, un poco vago, de que nos servimos para decir de un hombre: es un temperamento sano ó es un temperamento enfermizo.

SALAZAR

Criterio vago son dos palabras que rabian de estar juntas. Porque criterio es la fijeza misma. Pero trataré de que nos entendamos. ¿Está usted impaciente?

ÁGUEDA

No; siga usted.

SALAZAR

El señor Valtierra me parece un hombre equilibrado.

ÁGUEDA

Es mucho.

SALAZAR

Es todo. En moral no cabe perfección mayor.

ÁGUEDA

¿Y usted afirma que Valtierra...?

SALAZAR

Es un hombre equilibrado, sí, señora. Satisface plenamente todas las necesidades morales de un buen productor y educador de potros.

ÁGUEDA

¡Se burla usted de mí! No sé si le elogia ó le condena.

SALAZAR

Ni una cosa ni otra. Le juzgo en general. Como usted no quiere precisar... La vida moral de Jorge Valtierra no tiene interés. Se trata de un espíritu sin grandes necesidades. Gasta poco; compensa con facilidad. Es un equilibrio un tanto negativo; pero encontramos siempre el equilibrio.

ÁGUEDA

No le parece á usted un hombre de pasiones.

SALAZAR

Depende del camino que recorran sus sentimientos; no está en él; como no está en el agua su fuerza motriz, sino en la altura de que se desploma. ¿Me ha entendido?

ÁGUEDA

Claramente. Valtierra es, para usted, uno de esos caracteres que pueden considerarse como un producto de las circunstancias.

SALAZAR

Exacto. Con una salvedad. Las circunstancias, muchas veces, las creamos ó las modificamos nosotros mismos.

ÁGUEDA

Ya... ¿Y en este caso?

SALAZAR

En este caso, él renuncia á su derecho de crearlas ó modificarlas. Se limita á aceptar ó rechazar.

ÁGUEDA

Apasionada.

¡No es cierto!

SALAZAR

Frío.

¿Cómo?

ÁGUEDA

Por lo menos en un momento de su vida...

SALAZAR

¿Cuándo?... Vamos á eso... Rico heredero de una casa de industriales fortísimos en tierra vasca, ingeniero de título belga, revalidado en España y «conocido *sportman*», como dicen hoy, realiza un día hornos y máquinas, cierra fábricas y talleres, compra tierras, ensaya diferentes cultivos, diferentes crías y acaba por establecer, en pocos años, estos magníficos potreros que yo he visitado el otro día y que, en su género, constituyen una maravilla, única en España. ¿No es así?

ÁGUEDA

Pues me parece que el hombre capaz de romper con una tradición pujante y cómoda para seguir caminos nuevos, aparte de la energía de carácter que necesita el hecho para llevarlo á cabo, no es un producto pasivo de las circunstancias.

SALAZAR

¿Por qué no? La crisis de la gran industria es hoy un hecho en toda Europa. La inició la propaganda de ciertas doctrinas filosóficas y la han determinado agudamente las luchas sociales. Pues la agricultura, que el dinero colonial ha puesto en moda, representa un buen compás de espera. Pasando de los hornos á los campos, Valtierra no ha hecho más que ceder á la presión del medio; ha contemporizado con determinadas circunstancias

que le daban la pauta de su vida; es un buen conservador. Reténgalo usted. Tal vez le sea útil. En sus actos, como en sus sentimientos, Valtierra no innova; *conserva.* ¿Precisamos un poquito más?

ÁGUEDA

Si usted se empeña...

SALAZAR

Por galantería... y por agradecimiento. Me parece que el asunto le interesa, y además estoy seguro de no haberle merecido nunca tantos minutos de atención. Sea por lo que sea, estoy reconocido.

ÁGUEDA

¡Qué injusticia!... ¡Esto lo dice un hombre que es un oráculo en la casa! Hace años que, á mi alrededor, no veo dar un paso sin consultarlo con usted.

SALAZAR

Es cierto. El Doctor Ayezcua me dispensa el honor de apreciar mis condiciones de carácter en mucho más de lo que valen. No me consulta. Habla conmigo de las cosas de la vida y solemos abundar en las mismas consideraciones generales. Pero la hija del Doctor Ayezcua, á quien tengo el honor de dirigirme, no sólo no imita á su padre en este aprecio, sino que manifiestamente me es hostil y evita hablarme.

ÁGUEDA

Porque me mortifica empezar cualquier conversación para que, á las pocas palabras, estén dándome consejos. No puedo remediarlo.

SALAZAR

¿Y cuando son acertados los consejos?

ÁGUEDA

Precisamente cuando son acertados. Me molesta que los demás tengan razón antes que yo. Me empeño en llevar la contraria, y acabo por perder. Da mucha rabia. Si alguna vez evito hablarle de cosas importantes, es para poder estar de acuerdo con usted; no se queje.

SALAZAR

Debe haber ciertas razones, Agueda, que la determinan á proceder de esta manera. ¿Quiere usted que las busquemos?

ÁGUEDA

Después de una pausa.

Hablemos de Valtierra.

SALAZAR

Es lo mismo.

ÁGUEDA

¿Cómo?

SALAZAR

Es lo mismo.

ÁGUEDA

¿Por qué?

SALAZAR

Porque llegará un momento en que no pueda hablarle de ese caballero sin hablar de usted.

ÁGUEDA

Después de una pausa y haciendo ademán de salir por el fondo.

Pues entonces dejemos las cosas como están.

SALAZAR

Haciéndose atrás y como cortándola el camino.

Ahora ya no.

ÁGUEDA

Con altivez: seca.

¿Dice usted?

SALAZAR

Ahora ya no.

ÁGUEDA

Sonriendo y con ironía; pero contrariadísima en el fondo.

¡Amanece usted ejecutivo!

SALAZAR

Insistiendo y dando un paso hacía ella; una emoción en la voz que no tuvo hasta ahora.

En su bien, Agueda. No olvide usted, se lo ruego, que [si la mortifica esta insistencia, me obligan á insistir el afecto leal y el cariño sincero que siento por usted.

ÁGUEDA

Con un poco de crueldad vengativa.

¡Ah!... ¿pero usted tiene sentimientos?

SALAZAR

¿Lo duda porque no son aparatosos? No lo dude. Mis sentimientos no gritan; pero les debo algunas canas.

ÁGUEDA

Con ironía.

Voy á acabar por tenerle simpatía.

SALAZAR

No he tratado nunca de inspirar á nadie compasión.

Hace ademán de salir por el fondo.

ÁGUEDA

¿Se va usted?

SALAZAR

¿No es eso lo que usted quería?

ÁGUEDA

No; ya no. Perdone, Salazar. Me ha parecido, por sus últimas, palabras, que malicia no se qué y es necesario que despejemos esa incógnita. Ahora soy yo la que desea hablar. ¡Me está entrando un miedo!

SALAZAR

Volviendo; la misma voz grave y emocionada de hace un instante.

Puede ser verdad, y, en todo caso, debiera ser verdad. Agueda, por lo que más quiera en este mundo, no se empeñe esta vez en llevar la contraria á los consejos; no á los míos; no le he dado ninguno; no pienso darle uno solo. A los que usted misma, en el fondo de su conciencia, se está formulando categóricamente. Sería hacer su desgracia para en vida. Es usted una noble criatura;

pero tiene la superstición de la independencia, de la voluntad, del culto individual. Se ha educado en esta atmósfera. Desgraciadamente no conoció madre y yo creo que hecho de menos su influencia en el alma de usted, Agueda. Los padres educan á sus hijas para mujeres; las madres, para madres. Y en este ligero matiz hay un cúmulo de sumisiones inefables, un deseo de vivir para los demás, que usted no siente todavía sin protesta.

ÁGUEDA

¿Soy tan mala?

SALAZAR

Yo me callaría, si lo fuera usted. Tengo la evidencia de estarle hablando en un momento en que dentro de su alma suenan dos voces igualmente imperativas y contrarias. Ceda usted á la más noble.

ÁGUEDA

Yo tengo derecho á vivir.

SALAZAR

No es esa la más noble.

ÁGUEDA

No hago daño á nadie: nadie se ha cuidado de contenerme con una confidencia tierna, fraternal; de esas que fuerzan, por un sentimiento de correspondencia, el albedrío.

SALAZAR

¡Qué excusa más pobre y que poca importancia la que usted misma le concede!

ÁGUEDA

En todo caso yo soy dueña de mis actos. No entiendo con qué derecho me habla usted.

SALAZAR

Con ninguno, si no le hablase en nombre de usted misma.

ÁGUEDA

Yo misma creo que á la vida corresponde la última palabra.

SALAZAR

Que puede ser una sentencia.

ÁGUEDA

Mal camino. Las amenazas me espolean. ¡Si fuera siempre así! ¡Qué más quisiera que un duelo franco, leal, de todos los momentos, aunque fuese una quimera el triunfo!

SALAZAR

Así lo creo; pero hay duelos que son asesinatos.

ÁGUEDA

Grave.

¡Señor Salazar!

Se abre la puertecita del fondo.

SALAZAR

Rápido.

¡Silencio! Es él.

ÁGUEDA

Con ímpetu.

¡Jorge!

JORGE VALTIERRA

Entrando.

Buenos días, Agueda... Amigo Salazar...

Estrecha á Águeda las manos con efusión. Se vuelve á estrechar la suya á Salazar.

SALAZAR

¿Me deja usted que le descargue un poco?

Salazar le toma el sombrero y la fusta.

JORGE VALTIERRA

¿Y mi querido Doctor?... ¿Y Lolín?

SALAZAR

Desde el fondo, donde dejó sobre un mueble el sombrero y la fusta de VALTIERRA

En el parque. Iré á buscarles.

ÁGUEDA

Que acaba de pulsar un timbre, rápidamente.

Ama Concha irá. No creo que tarden.

SALAZAR

No me prive usted del placer de sorprenderles. Estos idilios del viejo y la niña son de mi exclusiva competencia.

ÁGUEDA

Pues vamos los tres.

SALAZAR

Es una crueldad para Valtierra. Traerá ganas de sentarse un poco.

JORGE VALTIERRA

No, por mí... El caballo no me cansa. Es una pila eléctrica; al revés, tonifica y exalta.

SALAZAR

Con ligera intención, á Águeda, saliendo.

¡Conténgalo usted!

AMA CONCHA

Que asoma por la lateral derecha segundo término, al paso, á Salazar.

¿Llamó?

SALAZAR

La señorita.

Sale.

ÁGUEDA

Sírvenos. ¿Toma usted café por las mañanas, Jorge?

JORGE VALTIERRA

Que distraidamente hojea algunas revistas sobre la mesa.

Yo he desayunado ya.

ÁGUEDA

Nosotros habíamos tenido la paciencia de esperarle.

JORGE VALTIERRA

Pues morderé con gusto alguna fruta.

ÁGUEDA

Á Ama Concha.

Trae frutas, además.

AMA CONCHA

Se traerán.

En voz baja, después de mirar alrededor con cándido interés.

¿Y Lolín?

ÁGUEDA

Ahora vendrá. ¿Tienes algo que decir?

AMA CONCHA

Puede.

ÁGUEDA

Con una mirada, volviéndole la espalda.

Sírvenos.

Sale Ama Concha contrariada y dándolo á entender.

JORGE VALTIERRA

Levantando los ojos de la mesa y como evadiendo la conversación á solas.

Este señor Salazar es muy simpático. La otra tarde estuvo á verme. Parece que le interesaban mis yeguadas. Entiende de todo.

ÁGUEDA

Le daría algún consejo.

JORGE VALTIERRA

Varios. Y atinados. ¿Es médico también?

ÁGUEDA

Apenas. Empezó la medicina hace algunos años. Data de entonces su amistad con papá. Porque Salazar, aunque por la edad no lo parezca, es principalmente, en esta casa, el amigo de mi padre.

JORGE VALTIERRA

Me alegro. Yo, en un principio, le tomé por médico y le suponía ayudante del Doctor.

ÁGUEDA

Su amigo y su oráculo. Si quiere usted algo del Doctor, soborne á Salazar.

JORGE VALTIERRA

¿Concluyó la medicina?

ÁGUEDA

La colgó á los pocos años y desde entonces hace estudios de filosofía moral.

JORGE VALTIERRA

¿Para?

ÁGUEDA

Para saber.

JORGE VALTIERRA

Sin comprender.

Perfecto.

ÁGUEDA

Parece que es un timbre de la vieja cultura castellana. La raza es moralista. Hable usted de eso á Salazar. Los Santillana, los López de Ayala, los Manrique, los Hurtado de Mendoza, ¡qué sé yo!... son sus maestros. Háblele usted, si le interesa.

JORGE VALTIERRA

Con cierto candor.

Me parece que yo no serviría para estudios de esta clase.

ÁGUEDA

Riendo de buena gana.

¡No, por Dios, Valtierra! Creo que usted no serviría.

Se dirige á la mesa, cuyos libros y revistas va amontonando hasta dejarla libre para el desayuno.

JORGE VALTIERRA

Siguiéndola con los ojos y con recelo ingenuo.

¿Es un mal?

ÁGUEDA

¿Quién lo ha dicho?

JORGE VALTIERRA

Parece que se riera usted, burlándose de mí.

ÁGUEDA

¡Qué ocurrencia!

Ha cogido en una brazada libros y revistas y los deja sobre un mueble más allá.

JORGE VALTIERRA

¿Y vive siempre con ustedes Salazar?

ÁGUEDA

Deteniéndose á medio camino con su carga y volviendo la cabeza con cierta malicia y coquetería,

¿Le interesa á usted mucho, mucho averiguarlo?

JORGE VALTIERRA

Si no es indiscreción...

ÁGUEDA

Sonriendo y continuando su camino.

No; no lo es. Pasa los veranos en «Los Rosales» con nosotros y los inviernos con su madre, que vive todavía.

JORGE VALTIERRA

¿En Madrid?

ÁGUEDA

En un pueblecito de Castilla, no recuerdo el nombre; perdóneme usted.

Deja la carga y viniendo otra vez hacia Valtierra, pregunta:

¿Se ofrece más?

JORGE VALTIERRA

Después de una pausa.

Nada.

Águeda se sienta al otro lado.

Sí, Agueda. Quisiera que acabáramos de combinar nuestro programa. Me preocupa un poco.

ÁGUEDA

A usted le preocupa todo.

JORGE VALTIERRA

Hace unos días, todo. Y en mí es raro.

ÁGUEDA

Pues vaya usted diciendo. Sepamos qué torturas nos aguardan hoy.

JORGE VALTIERRA

No le interesa á usted absolutamente nada nuestra jira: me lo estaba temiendo desde ayer.

ÁGUEDA

No sea usted niño. ¡Soñé con la jira! Me gustan los caballos más que á usted.

JORGE VALTIERRA

¿De verdad? ¿Conoce usted un poco?

ÁGUEDA

Nada. Por eso mismo disfruto más que usted. Admiro las cualidades y rara vez aprecio los defectos. Me ha dicho Salazar que son una maravilla sus yeguadas.

JORGE VALTIERRA

Sí, empiezan á estar bien. Ya en caballos de tiro pesado me parece que estoy cerca de la perfección.

ÁGUEDA

¿De la perfección?

JORGE VALTIERRA

Gracias á un admirable *shire* inglés. Se me ocurrió cruzarlo con una yegua navarra más ligera y de buen esqueleto, para aumentar el peso... y ustedes verán los resultados. En altura exceden de dos manos á los percherones y tienen mucho más estilo. Son bayos, castaños y negros. Obtendría caballos de silla con un poco de selección. Los percherones de tipo belga no dan jamás...

ÁGUEDA no puede contener la risa.

¿De qué se ríe usted?

ÁGUEDA

¡No entiendo una palabra!

JORGE VALTIERRA

Perdóneme... Es mi culpa. La estoy aburriendo.

ÁGUEDA

Rápidamente.

¡No; eso no!

JORGE VALTIERRA

Pues vamos al programa. ¡Me inquieta usted con su risita!

ÁGUEDA

¡Y yo que le agradezco tanto el poder dar suelta á mi risita!

JORGE VALTIERRA

¿De verdad?

ÁGUEDA

Las ocasiones de reir nunca abundaron en mi vida. ¡Así es que traigo atrasado un deseo de alegrarme y ser feliz!... Compréndalo usted. Mis enfermos no lo comprenderían.

JORGE VALTIERRA

¡Qué buena es usted!

ÁGUEDA

Eso no: viviendo entre enfermos y miserias, sólo me preocupo de no poder reir.

JORGE VALTIERRA

Eso indica que, si tuviera usted que hacer el mundo, suprimiría la enfermedad y la miseria.

ÁGUEDA

!Sí!

JORGE VALTIERRA

¿Ve usted? Yo lo hago, en mis yeguadas.

ÁGUEDA

¿Cómo?

JORGE VALTIERRA

Escojo los ejemplares sanos y perfectos.

ÁGUEDA

¿Y los demás?

JORGE VALTIERRA

Y los demás se sacrifican. Es la selección.

ÁGUEDA

Pues ya no me gusta.

JORGE VALTIERRA

El resultado es óptimo.

ÁGUEDA

Pero yo pensaría en los sacrificados.

JORGE VALTIERRA

Es usted difícil.

ÁGUEDA

Muy difícil.

Transición.

¿Vamos al programa?

JORGE VALTIERRA

Después de una pausa.

Iremos andando hasta Fuenfría. ¿Le parece bien? En Fuenfría esperan mis hombres con el coche. Desde allí molestaría el sol. Llegamos á las diez ó diez y media. Visitamos los locales...

ÁGUEDA

¿Son muchos?

JORGE VALTIERRA

Las cuadras... parecen un salón, no tema usted. Visitaremos la enfermería, las cocheras...

ÁGUEDA

En la enfermería me detengo un rato. Lo estoy viendo. Y ya no hay tiempo para más.

JORGE VALTIERRA

¿Es posible? Falta mucho.

ÁGUEDA

Estoy fatigadísima.

JORGE VALTIERRA

Haga usted un esfuerzo.

ÁGUEDA

¿Qué nos queda?

JORGE VALTIERRA

Queda todo el aire libre.

ÁGUEDA

Ya sé lo que haremos.Cállese. No entiende una palabra de combinar programas

JORGE VALTIERRA

Es que podemos prescindir de las cocheras para irnos á almorzar...

ÁGUEDA

Con la impresión de los pobres animalitos enfermos que acabamos de ver. ¡Gracias! Un día que puedo, quiero separar la clínica del comedor.

JORGE VALTIERRA

Entonces...

ÁGUEDA

Entonces destinamos media horita á las cocheras y ya está. Equipos, correajes, coches, sillas... Metales bruñidos, cueros limpios... Todo esto es confortable, suntuoso, esportivo. Se habla de jiras

y paseos. Se evocan recuerdos y se abre extraordinariamente el apetito. ¡Tiemble usted!

JORGE VALTIERRA

Yo estoy encantado.

ÁGUEDA

Almuerzo á las doce.

JORGE VALTIERRA

En la terraza.

ÁGUEDA

Mesitas de café en el parque. Una horita de charla y dispersión á voluntad. Y en cuanto ceda un poco la furia del sol, todo el programa de aire libre que usted ha dicho.

JORGE VALTIERRA

Perfecto. Un día completo; digo, para mí.

ÁGUEDA

Para todos, creo yo.

JORGE VALTIERRA

Temo que sea para ustedes un poco fatigoso.

ÁGUEDA

¿Hay que andar mucho?

JORGE VALTIERRA

Bastante.

ÁGUEDA

Yo no me canso nunca.

JORGE VALTIERRA

Pero Lolín...

ÁGUEDA

Con una transición.

¡Ah, sí, Lolín! Es cierto, sí; Lolín.

Hay un silencio embarazoso para los dos. ÁGUEDA lo rompe dirigiéndodose á la puerta del fondo.

¡Y está tardando!

JORGE VALTIERRA

No.

ÁGUEDA

Volviéndose á primer término con cierta ironía dulce.

Perdone usted. Haciendo el programa he pensado demasiado en mí. Se me olvidó que lo hacía para los demás.

JORGE VALTIERRA

No, Agueda.

ÁGUEDA

Sí; pero no importa. Es mi costumbre. Desde pequeñita. Ya en la clínica debuté haciendo las listas. A las siete y media termómetro. De siete á ocho medicina, alimento, paseo, lectura. Y como le decía á usted, sólo me quejo de no poder poner algunas veces: «A tal hora, dos minutos para que la enfermera ría un poco». Es mi destino.

JORGE VALTIERRA

Agueda..., yo quisiera...

ÁGUEDA

¿Que hoy los dos minutos hubieran figurado en el programa? Pues, por lo visto. pido mucho y no ha podido ser. ¡Qué hemos de hacerle! Se agradece la intención.

JORGE VALTIERRA

Agueda...

ÁGUEDA

¿Decía usted?

JORGE VALTIERRA

Es necesario que los dos hablemos.

ÁGUEDA

¿No estamos hablando?

JORGE VALTIERRA

De otras cosas... mucho rato.

Por la *pérgola* avanzan LOLÍN y el Doctor precedidos de SALAZAR.

ÁGUEDA

Señalándoles.

Pues va á ser difícil. ¡Otro día!

JORGE VALTIERRA

Acercándose á ella, en voz baja y apremiante, con su energía sana de hombre de presa.

¡No; Agueda!... ¡Hoy!

Entran los que llegaban. A las pala labras del Doctor, VALTIERRA, dominando su emoción, sale al encuentro de todos. ÁGUEDA atraviesa la escena y viene á quedar al otro lado apoyados los brazos en el barandal de madera: mirando sin ver, ajena á lo que pasa, toda vibrante aún de la energía pasional que JORGE ha puesto en sus últimas palabras.

PAPÁ GASPAR

Entrando.

¿Tanto bueno en casa, señor de Valtierra?

JORGE VALTIERRA

Mi querido Doctor. ¿Se anima usted á acompañarnos?

Lolín no le quita los ojos. Tiene una carita de angustia, observando la actitud de Águeda.

Lolín...

LOLÍN

Jorge.

Jorge después de este saludo, y como si estuviera interesado en las palabras del Doctor, sigue prestando atención á lo que dice éste.

PAPÁ GASPAR

Puede... Me va á ser difícil, porque los médicos no tenemos un minuto nuestro. Pero puede que sí. Le he cogido á usted un poco de miedo, señor de Valtierra.

JORGE VALTIERRA

¿Pues?

LOLÍN

Muy apurada.

Papá Gaspar...

PAPÁ GASPAR

Sonriendo con risita amable de viejo malicioso y bueno.

Nada.

Pausa.

¿Sabes, hija, que lo del hechizo era verdad?

ÁGUEDA

Con desencanto.

¿Sí?... Mejor.

PAPÁ GASPAR

¿Qué tienes tú?

ÁGUEDA

Nada.

Á AMA CONCHA que entra seguida de una doncella con el desayuno.

¿Trajeron frutas?

AMA CONCHA

Sí.

ÁGUEDA

Cuando ustedes gusten.

Se aproximan á la mesa el Doctor y SALAZAR; este último, sin decir palabra, se sienta á desayunar. El Doctor sorbe en pie una taza de café. ÁGUEDA dispone frutas en un plato; quedan aparte LOLÍN y JORGE.

JORGE VALTIERRA

Á LOLÍN.

Pues tiene usted mejor semblante que otros días.

LOLÍN

Me siento fatigada; pero no lo diga usted.

JORGE VALTIERRA

¡Tan bien que estábamos ayer!

LOLÍN

!Tengo un miedo de aguarles la fiesta!

JORGE VALTIERRA

¡No!

LOLÍN

¿Lo sentiría usted por mí ó por la fiesta?

JORGE VALTIERRA

¡Lolín!

LOLÍN

Voy á servirle... si usted no tiene inconveniente.

JORGE VALTIERRA

Se lo agradezco de antemano.

LOLÍN

Acercándose á la mesa y empezando á servir.

¿Café, Jorge?

ÁGUEDA

No; el señor Valtierra quiere frutas; aquí están.

Le ofrece el plato.

JORGE VALTIERRA

Un poco turbado.

Sí; pensaba tomar frutas.

Toma el plato de manos de ÁGUEDA.

LOLÍN

Defraudada y dolida.

¡Ah!

Viene por el fondo AMA CONCHA con el sombrero y el estuche quirúrgico del Doctor.

SALAZAR

¿Se va usted, Doctor?

PAPÁ GASPAR

Sí; tengo mi plan. Cumplo con mis enfermos de mañana, y á las once tomo el rumbo á las yeguadas. Almorzaremos juntos, si usted dispone que me guarden sitio.

JORGE VALTIERRA

¡No faltaba más!

PAPÁ GASPAR

Adiós, señores. Adiós, hija... Adiós, Lolín.

Saliendo. AMA CONCHA sale á su vez por la lateral derecha.

JORGE VALTIERRA

Y nosotros, ¿no nos preparamos? Ya va siendo tiempo.

ÁGUEDA

Animada; un poco excitada.

Yo estoy en un vuelo.

Á LOLÍN.

¿Qué te pones?

LOLÍN

No sé... veremos... ¿para qué?

ÁGUEDA

Para ir iguales.

LOLÍN

Sonriendo con melancolía.

No; ya no.

ÁGUEDA

Volando á la escalera.

Como quieras.

Mientras tanto, SALAZAR acabó el desayuno, dejó la mesa, sacó la petaca y ofreció un cigarro á VALTIERRA;

sacó él otro y ahora los están prendiendo. Apenas desaparece ÁGUEDA, JORGE, como si recobrara repentinamente su libertad enajenada, acude á LOLÍN.

JORGE VALTIERRA

Lolín, ¿de verdad se siente mal?

LOLÍN

¡Ay, sí, Jorge, sí! ¡Qué rabia tengo!

LOLÍN se deja caer en una silla, desplomada. JORGE la toma las manos.

JORGE VALTIERRA

¡Tiene usted las manos frías!

SALAZAR

¿Qué sucede?

JORGE VALTIERRA

Lolín que no está buena.

LOLÍN

Buena, sí... ¡ya lo creo! Pocas veces me sentí tan fuerte. Hasta creo que estoy congestionada, como si toda mi sangre circulara más aprisa. ¡No se asuste usted, Jorge!

Sonriendo.

¡Qué cara ha puesto! Ya pasará.

JORGE VALTIERRA

¿Le molesta que fumemos?

LOLÍN

Siento así como si me faltara un poco de aire. Pero va pasando.

JORGE VALTIERRA

De todas maneras, no es posible que salgamos.

SALAZAR

No debemos salir.

LOLÍN

¡Ay, sí, por Dios!... ¡Con toda mi alma se lo pido! ¡No, por mí no alteren nada!... ¡Qué iba á pensar Agueda!

Se pone en pie con un esfuerzo: instintivamente se lleva las manos al corazón como si le doliera.

Ya ha pasado... ¿Ve? Ya está... Vuelvo en seguida.

Trata de andar hacia la escalera, haciendo un esfuerzo.

SALAZAR

No, Lolín.

LOLÍN

¡Sí, por Dios, Salazar!... Ayúdeme usted, Sala-

zar!... No quiero que Agueda se entere. Quiero que se haga todo como habían dispuesto... ¡Jorge!

JORGE VALTIERRA

¡Es usted antes que todo! Yo no quiero que usted sufra.

LOLÍN

Ya no sufro. Se pasa pronto. Me ocurrió otras veces... Un poco de opresión, ¿verdad, Salazar? y á las dos horas, descansando un poco, nada, ¿verdad?

SALAZAR

Es imposible que usted salga.

LOLÍN

No saldré. Me quedaré en mi cuarto, descansando un poco... y á las once, con papá Gaspar, iré á buscarles. Y Agueda no puede resentirse. Le diré que siento un poco de cansancio, ¿qué sé yo?... y ustedes dos me ayudarán, ¿verdad?

Águeda, completo ya su traje para la excursión del día, aparece por la escalera.

ÁGUEDA

¿Vamos?

Viendo á Lolín.

¿Pero todavía estás así?

Con una sospecha súbita.

¿Qué ocurre?

LOLÍN

Nada: me quedé charlando y me entró un poquito de pereza. Vayan andando ustedes. Yo iré luego con papá Gaspar. ¡Como ya lo he visto todo!

ÁGUEDA

¿No estás bien?

LOLÍN

Mejor que nunca.

ÁGUEDA

¿No sientes opresión? ¿Respiras con facilidad?

LOLÍN

No tengo más que una pereza irresistible.

ÁGUEDA

Pues vendrás con mi padre. Está entendido.

SALAZAR

Mirando á Águeda.

Y además; yo me quedo para acompañarles.

ÁGUEDA

Sosteniendo la mirada.

¿Usted?... ¡Ah! Está bien.

JORGE VALTIERRA

Dudoso.

Entonces...

ÁGUEDA

Resuelta, creyendo que todo ha sido astucia de SALAZAR y mirándole siempre.

Entonces podemos hacer una cosa. Nosotros, desde Fuenfría, les mandamos el coche para que vengan con más comodidad.

Vuelta á LOLÍN y dándole con la mano en la mejilla.

¿Aceptado?

LOLÍN

Con un esfuerzo por sonreir satisfecha.

Aceptado. Adiós.

ÁGUEDA

Adiós. Andando, Jorge.

JORGE VALTIERRA

¡Andando! Hasta luego.

Salen ambos. Ya al pasar la puerta, ÁGUEDA coge el brazo de JORGE y desaparecen lentamente. Hasta el final va todo con rapidez.

LOLÍN

Viéndolos alejarse y vacilando.

¡Salazar!

SALAZAR

¿Qué le pasa?

LOLÍN

No sé... ayúdeme usted á andar... donde no les vea... ¡Qué felices! ¡Qué felices!

Se asfixia, apenas puede respirar, se lleva las manos al corazón y se deja caer en brazos de SALAZAR.

SALAZAR

Con una voz inequívoca de alarma y de imperio.

¡Agueda! ¡Agueda!

Vuelven precipitadamente ÁGUEDA y JORGE alarmados.

ÁGUEDA

¿Qué? ¿Qué ha sido?

SALAZAR

El corazón... No sé... Yo entiendo poco...

ÁGUEDA

Cayendo á los pies de LOLÍN.

¡Lolín de mi vida!

LOLÍN

Acariciándola con una mano.

¡Nada! ¡No es nada!

ÁGUEDA

Á Salazar.

¡Llamen! ¡Gente!

Á Jorge.

¡Mi padre!... ¡Tráigalo usted!... Pronto, en seguida!

Sale Jorge por el fondo. Entra Ama Concha y una doncella que acuden á la enferma.

AMA CONCHA

Ayudada de la doncella y llevándose á la enferma.

Aquí mismo. En el cuarto bajo, poco á poco.

Á Águeda.

¡Hielo!

Ama Concha, la enferma y la doncella salen por la lateral izquierda.

ÁGUEDA

¡Salazar!

SALAZAR

Grave pero con emoción.

¿Ve usted cómo hay duelos?...

ÁGUEDA

¡Oh, no acabe! ¡No soy tan mala como usted supone! ¡Usted me odia!

Sale. SALAZAR levanta los ojos al cielo y se lleva la mano á la frente.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Una tarde de Agosto. Han transcurrido cerca de dos meses desde el primer acto.

En escena AMA CONCHA, ÁGUEDA, BLAS y UN NIÑO, hijo de éste, muchacho de once años á lo sumo. ÁGUEDA, en pie, acaba de vendar un brazo al muchachito. ÁGUEDA lleva su delantal blanco de enfermera y tiene á su lado una mesita de níquel y vidrio, donde arde una lamparilla de alcohol y donde habrá algunas pinzas, dos ó tres vendas de gasa y algodón hidrófilo, rebosando de su estuche de metal. BLAS, en pie, un poco agitado, asiste al final de la pequeña operación. AMA CONCHA sostiene el brazo del muchacho, llevando también su delantal blanco de clínica.

ÁGUEDA

¿Duele ahora?

NIÑO

Mucho menos.

ÁGUEDA

Mañana no te acordarás siquiera. ¿Pero cómo ha sido Blas?

BLAS

¿Qué cómo ha sido, señorita? ¡Pues que son el demonio estos mocosos!

NIÑO

¡No me vaya á regañar, que no tengo culpa!

BLAS

¿Qué? Se le escapó de casa á su madre con otros arrastraos. Se fueron hasta la cantera, y yo no sé cómo, porque no hay quien les arranque una palabra, debieron meter fuego á un cartucho que les ardió en las manos. Y ya lo vió la señorita: todo el brazo era una ampolla. Lástima de trapos. ¡Comértelos debías, comértelos, á ver si escarmentabas!

ÁGUEDA

Á AMA CONCHA.

Imperdibles..., dos ó tres... Vale más que sujetemos bien. Otro. Este no tiene punta.

BLAS

¿Hay que pinchar más?

ÁGUEDA

Ya no.

BLAS

Porque si hay que pinchar no me gusta miaja verlo. Me da así..., yo no sé qué.

ÁGUEDA

Ya está, valiente. No ha chistado.

AMA CONCHA

Y que todo se hizo bien. No pasará á mayores, Blas; ande tranquilo.

BLAS

¡Menos mal! ¡Y aun dice críos!... ¡Potros, potros! ¡Denme potros, que tienen más juicio!

AMA CONCHA

Mientras ÁGUEDA apaga la lamparilla y recoge lo demás que habrá sobre la mesa.

Pues anda que el de la coz, cuando llegamos.

BLAS

Es verdad... Pensé que lo pasaba mal. Y el señor Doctor también. Pa el domingo hará dos me-

ses justos. Pos ya ven. Ni casi que me acuerdo. Ello, al cabo, el mal era pa mí. Pero esto

Señalando á su hijo y con cierta ruda ternura

es tiernecico y lechal que poca cosa lo malmete. Menos me habría escocido en el brazo que de verlo, me escoció en los ojos. ¡Críos, críos!... ¿Quién te manda irte á las piedras, pindonguero?

ÁGUEDA

Ya pasó; no será nada.

BLAS

Gracias á usted, señorita. Que el cielo se lo pague... Que le salgan bien todas las cosas que desea.

ÁGUEDA

Dios te escuche.

Van á salir por el fondo; tropiezan con Jorge Valtierra que llegaba corriendo, la raqueta en la mano; pantalón de franela blanca y zapatos de *sport.*

JORGE VALTIERRA

¿Nos tiene usted olvidados, Agueda? ¿Qué pasa?... ¿Eras tú, Blas?

BLAS

Yo en persona, don Jorge.

JORGE VALTIERRA

¿Otro accidente?

BLAS

Yo no; este condenao..., ¡y aun dice críos!

NIÑO

Yo no tengo culpa.

ÁGUEDA

¡No le apuren más!

BLAS

Porque el chico levanta el brazo vendado para enjugarse las lágrimas,

¡Chist!..., ¿qué haces, arrastrao?... ¡Baja ese brazo! No te empuerques los trapicos que aun pueden servir; ¿verdad, señorita? Se devolverán, descuide usted, y el vellón blanco también. Lo lavará la dueña. ¡Anda, andando!

Al salir.

Buenas tardes.

JORGE VALTIERRA

¡Adiós, Blas!

ÁGUEDA

Y dentro de unos días, vuelve.

BLAS

Desapareciendo.

¡Muchas gracias, señorita!

JORGE VALTIERRA

Que ha ido junto al mueble donde están su sombrero de paja, su bastón y un *kodak*.

¡Qué pedazo de pan es este bruto!

Hay una breve pausa. JORGE descolgó el *kodak* y sin advertirla, trata de retener la gentil silueta de ÁGUEDA, que se destaca á contra-luz sobre el fondo magnífico del parque.

No se mueva usted.

ÁGUEDA

¿Que es eso? ¡Otra!...

JORGE VALTIERRA

¡Y mil!

ÁGUEDA

Tratando de quitarse el delantal de clínica.

Espere usted.

JORGE VALTIERRA

¡No! Precisamente es por tenerla así.

ÁGUEDA

¡Qué vergüenza!

JORGE VALTIERRA

No se mueva usted. Ahora es mi prisionera en esta reja pequeñita; una deliciosa figura de enfermera, siglo XX. La hermana de la Caridad pasó á la historia... ¡romanticismo! ¡Un momento!

ÁGUEDA

Poniéndose rígida, un poco forzada.

Corto.

JORGE VALTIERRA

Ya.

ÁGUEDA

Entrando y quitándose el delantal

¿Y que tiene usted ahora más que antes?

JORGE VALTIERRA

Una sombra.

ÁGUEDA

¿No sería lo mismo un recuerdo?

JORGE VALTIERRA

¡Oh, no!

ÁGUEDA

¡Claro! se borra más pronto.

JORGE VALTIERRA

¿Por qué dice ustéd lo que no cree? Podría recordarla toda mi vida como la vi al entrar; ajetreando en la mesita, ó acabando de vendarle el brazo al pequeñuelo, ceñido el delantal de clínica que se puso usted para atenderle. Pero aquí la conservo en un momento aparte, con el mismo delantal, es cierto; pero con una mirada, con un gesto, en una actitud y en una suspensión de su vida, que han sido únicamente para mí. ¿Ve usted la diferencia?

ÁGUEDA

Se está usted viciando.

JORGE VALTIERRA

¿Que me dice?

ÁGUEDA

Tenía usted antes una ligereza de espíritu y una inconsciencia de la vida que, á su lado, descansaba.

JORGE VALTIERRA

Es verdad. Yo mismo recuerdo que pasaba por la vida sin sentirlo. Como si me llevaran... ¿Y ahora?

ÁGUEDA

¡Qué se yo! Va adquiriendo la manía de relacionar las cosas, de buscarles un sentido.

JORGE VALTIERRA

Es cierto... pero me pasa únicamente aquí.

ÁGUEDA

Consistirá en el sitio.

JORGE VALTIERRA

Ó en usted.

ÁGUEDA

¿Por qué?... Yo soy poco amiga de profundizar. A mí precisamente me gustaría tener alas para pasar por encima de las cosas, en un vuelo egoísta, tomando el sol para mí sola, y sin cuidarme de la sombra que proyectara sobre las vidas ajenas.

JORGE VALTIERRA

¡No es verdad!

ÁGUEDA

Tal vez no soy así. ¡Pero así debiera ser! ¡Lo demás es tan amargo!

Mientras JORGE vuelve á dejar el *kodak* en su sitio, concluye.

Vamos...

JORGE VALTIERRA

Nos hemos puesto tristes.

ÁGUEDA

¿Por qué vino usted á buscarme?

JORGE VALTIERRA

La echábamos de menos. Salazar había preguntado por usted.

ÁGUEDA

Afectando indiferencia.

¿Y Lolín?

JORGE VALTIERRA

Ella también. Vamos.

Hace que va á salir.

ÁGUEDA

Deteniéndole todavía.

¿Cómo encuentra usted á Lolín, hace unos días, Jorge?

JORGE VALTIERRA

Como respirando con satisfacción.

Bien... ¡mejor que nunca!

ÁGUEDA

Rápidamente.

¿Verdad?

Cambiando de tono.

Mi padre no. Recela yo no sé por qué...

Animándose.

La veo más fuerte, más animosa, más alegre.

JORGE VALTIERRA

Anda todos los días el camino de la ermita en menos de una hora, sin cansarse.

ÁGUEDA

¿La acompaña usted?

JORGE VALTIERRA

Lo explicaba ella misma hace un momento.

ÁGUEDA

Es otra desde el accidente de aquella mañana.

JORGE VALTIERRA

No fué grave.

ÁGUEDA

¡Oh, no!... Sosiegue usted. El corazón asusta siempre; pero en este caso no hay lesión. Curada su anemia, todo pasará.

JORGE VALTIERRA

¡Y en el campo!... ¿Pues cómo se explican los recelos del Doctor?

ÁGUEDA

Yo no sé. Tal vez como un reproche á mí.

JORGE VALTIERRA

¿Por qué?

ÁGUEDA

¡La risa! ¡Lo de siempre! Y acaso habrá que darle la razón. Muchos días pasa de los dos minutos.

JORGE VALTIERRA

No.

ÁGUEDA

¿Los ha contado usted?

JORGE VALTIERRA

Yo no podría.

ÁGUEDA

¿Por qué?

JORGE VALTIERRA

Cuando usted ríe, lo olvido todo; hasta que pasa el tiempo.

Hay una pausa. Están cerca de la puerta: de la enredadera florida entra en la habitación una rama: tiene en la punta una flor que arranca JORGE.

Esta rosa...

ÁGUEDA

¡No!

JORGE tiene la flor en la mano.

Ya no hay remedio. Y soy supersticiosa. Vea usted...

Señalando la enredadera.

No queda otra. Era la última de este verano.

JORGE VALTIERRA

Dejándola en alguna parte.

Entonces no quiero que sea para usted.

ÁGUEDA

Gracias.

JORGE VALTIERRA

¿Por qué no vino más pronto á «Los Rosales»?

ÁGUEDA

Es usted un buen amigo, Jorge. Yo procuraré conservar su amistad toda la vida...

Tiende su mano á JORGE con esfuerzo.

JORGE VALTIERRA

Apoderándose de la mano y atrayéndola.

¡Agueda!

ÁGUEDA

Queriendo retirarla: es tarde.

¡No, Jorge, por Dios!

Jorge logra llevarla á sus labios: un beso furtivo.

¡Jorge!

JORGE VALTIERRA

Con voz de quien quiere hacerse perdonar.

El primero. Así no importa que no queden flores.

ÁGUEDA

¡Quién sabe!

LOLÍN

Su voz, desde lejos.

¡Agueda!

JORGE VALTIERRA

Soltando rápidamente la mano y apartándose.

¡Lolín!

ÁGUEDA

Tranquila.

¿Ve usted?

Sonríe dolida y apartándose de la puerta viene á primer término.

JORGE VALTIERRA

Preocupado.

¿Qué diremos?

ÁGUEDA

Se ha sentado junto á la mesa y abre un libro.

¡Usted, lo que quiera!

Lee. Llega por el fondo LOLÍN que trae también su raqueta. En toda ella un cambio: exteriormente mayor aplomo y seguridad en voz y ademanes. La niña del acto anterior es ahora mujer: el dolor hizo esta obra. Tal vez su enfermedad ha dado un paso: pero únicamente un ojo espertísimo podria apreciarlo. Ahora una voluntad íntima, persistente, sostiene como un armazón su cuerpecito enfermo. ÁGUEDA no ha vuelto siquiera la cabeza: JORGE se quedó en el fondo, junto al mueblecito en que dejó la flor. LOLÍN mira á JORGE y ÁGUEDA, antes de hablar.

LOLÍN

¡Podíamos esperar! Debieron advertir ustedes que resolvían no seguir jugando.

JORGE VALTIERRA

Yo iba, ahora.

LOLÍN

¿Y Agueda?

Una pausa: ÁGUEDA continúa leyendo sin responder.

Ni me oye siquiera.

Se llega á su lado y acariciándola dice:

Agueda... ¿me ves por lo menos?

ÁGUEDA

Levantando los ojos y sonriéndola.

Todavía hay luz.

LOLÍN

¡Y tanta! Pues te advierto que hemos prescindido de ustedes desde luego. Mister Castle ha sustituído á Jorge con ventaja, y á Salazar y á mí nos costó mucho resistirle.

ÁGUEDA

Distraída.

¡Estos ingleses!...

JORGE VALTIERRA

¿Dónde quedó mister Castle?

LOLÍN

Se marchaba. Me encargó que le despidiera.

JORGE VALTIERRA

No.

LOLÍN

Dijo que hoy es día de mucho trajín en las yeguadas.

JORGE VALTIERRA

Afectando interés y contrariedad.

Por eso mismo. No puede ser que se marche sin verme. ¿Daré todavía con él?

LOLÍN

Es muy posible: quedó en el *Tennis*, con Salazar.

JORGE VALTIERRA

Aprovechando la excusa para romper la situación violenta.

Entonces...

Se dirige al mueble del fondo para coger el sombrero, dispuesto á salir.

ÁGUEDA

Levantando los ojos del libro.

Jorge... ¿aquella flor?

JORGE VALTIERRA

Un poco turbado.

¿Dice usted?

ÁGUEDA

Sin inmutarse.

Aquella flor... para cerrar el libro... ¿dónde quedó?

JORGE VALTIERRA

Buscando.

Aquí, me parece.

JORGE viene del fondo y sin palabras entrega la flor de antes á ÁGUEDA. JORGE, dispuesto á marcharse, lleva el sombrero en la mano y pasó al hombro la correa del *kodak*.

ÁGUEDA

Cogiendo la flor, que coloca en el libro y antes de volver á dejarlo.

Gracias. Y le participo que ha trabajado en balde. Vuelva á soltar todos esos chirimbolos. Tomará el té con nosotros, á su hora. Yo no me despido de usted.

Da media vuelta sin esperar la respuesta de JORGE y se dirige á la escalera.

JORGE VALTIERRA

No puede ser hoy, Agueda; no puede ser. Ya he dicho á Lolín...

LOLÍN

Con cierta gravedad en el tono: la voz un poco velada.

Va usted por mal camino, si busca mi complicidad. Yo tampoco me despido.

JORGE VALTIERRA

Pero hoy...

LOLÍN

Hoy menos que nunca. Y no es por capricho. Yo doy mis razones. Voy á despedirme de usted por mucho tiempo. Para un año, tal vez.

ÁGUEDA

Con interés, volviendo atrás desde la escalera y al mismo tiempo que Jorge.

¿Qué?

JORGE VALTIERRA

¿Qué?

LOLÍN

Y quién sabe... ¡pueden pasar tantas cosas en un año!

ÁGUEDA

¿Pero nos vamos tan pronto?

LOLÍN

Yo, mañana.

ÁGUEDA

¿Tú?

LOLÍN

Como todos los años, tía Constanza, la hermana de mamá, se empeña en que pasemos juntas este mes. Y como está delicada y yo estos días me encuentro tan bien, me ha parecido justo complacerla.

ÁGUEDA

No me habías dicho nada.

LOLÍN

Por no darte pena.

Volviendo á JORGE.

Pues me haría mal efecto que nos despidiéramos así, entre prisas, después de estos meses de amistad. ¿Quiere usted que lo dejemos para luego?

JORGE VALTIERRA

Yo lo dejaría para nunca, si dependiera de mi voluntad.

LOLÍN

Gracias, Jorge.

JORGE VALTIERRA

Hasta luego.

SALAZAR

Que llega; tropezando, en la puerta, con JORGE.

¿Se va usted, Valtierra?

JORGE VALTIERRA

Volveré á las cinco.

SALAZAR

Hasta después.

ÁGUEDA

¡Salazar! ¿Sabía usted que Lolín se va mañana?

LOLÍN

Respondiendo antes.

Sí.

SALAZAR

Desde hace unos días.

ÁGUEDA

Viendo que LOLÍN se acerca impasible á la escalera.

¿A dónde vas, Lolín?

LOLÍN

¡Tengo un desbarajuste en mi cuarto!... Libros, papeles, ropas, medicinas... Me asusto de lo que necesito para ir viviendo. ¡Qué vamos á hacerle! Llama, cuando vuelva Jorge. Me tienes arriba, empaquetando. Mañana salgo tempranito, amanecido apenas.

ÁGUEDA

¿Quieres que te ayude?

LOLÍN

Después de una pausa, volviendo á bajar la escalera.

Quiero pedirte un favor.

ÁGUEDA

Cuenta con ello y dí.

SALAZAR

¿Estorbo?

LOLÍN

¡Oh, no, Salazar!

Á ÁGUEDA.

Ama Concha... Quisiera que dejaras á ama Concha acompañarme una semana. Me cuidará en el viaje y no me encontraré tan extraña los primeros días en una casa desconocida. Ya ves qué egoísmo. ¿Concedido?

ÁGUEDA

Concedido. Y no vale la pena...

LOLÍN

La pobre mujer ¡me ha querido tanto siempre! Gracias. Me dolía privarte de ella estos días.

Saltando al cuello, un poco bruscamente.

¡Te lo agradezco mucho, mucho!

ÁGUEDA

¡Lolín!

LOLÍN

Soltándose bruscamente también y despidiéndose; ya en la escalera.

¡Adiós!

ÁGUEDA

Queda un momento al pie de la escalera, como siguiendo la huella en el aire de Lolín. Luego, sonriendo, se vuelve á mirar á Salazar.

Está mejor.

SALAZAR

Parece.

ÁGUEDA

Me abrazó con una fuerza... Subió la escalera á saltos. Está en todo. Piensa en todo. Ella se cuida, ella ordena sus cosas, ella dispone de sus actos. No parece la misma.

SALAZAR

No.

ÁGUEDA

Como queriendo convencerse á sí misma.

¡Qué alegría tengo!

SALAZAR

¿Sí?

ÁGUEDA

Agresiva.

¿Le contraría á usted?

SALAZAR

¿Por qué?

ÁGUEDA

¡No hace tanto tiempo, en este mismo sitio, me anunciaba usted cosas tan horribles!... Pero yo no hago caso de advertencias ni de profecías.

Se ha sentado en su sillón de siempre y mira de reojo á SALAZAR, con evidentes ganas de tentarle á que hable. SALAZAR parece empeñado en mantener su reserva.

Me parecen una falta de sumisión á la voluntad divina.

SALAZAR

¿Sí?

ÁGUEDA

Con habilidad; sabiendo que está provocándole.

Porque si todo en la vida quisiéramos preverlo con el consejo y la razón, ¿qué le dejaríamos á Dios?

SALAZAR

La recompensa. ¿Le parece poco? De todos modos, ha dicho usted verdad. La vida la dispone Dios; pero no la de usted únicamente.

ÁGUEDA

Ya.

SALAZAR

La de todos. En este caso la de Lolín y la de usted.

ÁGUEDA, en su sillón, cogida la mano que JORGE ha besado, parece deliciosamente abstraída. SALAZAR se calla, después de pronunciar estas palabras y ella dice.

ÁGUEDA

Continúe.

SALAZAR

¿Para qué?

ÁGUEDA

Abordando, de una vez, la situación.

Por lo menos para demostrarme que sigo contando como una persona viva en esta casa. Desde hace unos días, me han dejado ustedes sola, abandonada. No veo en torno mío más que caras de consternación. ¿Quiere usted decirme lo que pasa? No contagio. Pueden seguir viviendo á mi lado los

que han vivido siempre. No estoy loca, no es perder el tiempo dirigirme la palabra; pueden ustedes hablarme todavía.

SALAZAR

¿Ustedes?

ÁGUEDA

Mi padre, Lolín, usted...

SALAZAR

¿Jorge, no?

ÁGUEDA

Jorge no me ha abandonado.

SALAZAR

¿Entonces?...

ÁGUEDA

Ni Lolín tampoco. Ya ve usted. Les da el ejemplo. No seré tan mala.

SALAZAR

¿Quién la acusa?

ÁGUEDA

Mi padre. Y no lo niegue usted, porque no me cabe duda. Parece que haya caído una maldición en «Los Rosales». Apenas para en casa. Y

yo sé que no tiene enfermos en el pueblo. Pasea solo por esos hayedos y encinares. Me pone el ceño duro y está triste. Se le saltaron las lágrimas ayer, al despedirnos. Y yo tengo que hablarle y me da miedo. Salazar, si usted quisiera, ¡podría hacerme tanto bien!

SALAZAR

¿Yo?

ÁGUEDA

Papá ha tenido siempre en cuenta sus consejos, Salazar.

Muy femenino; la voz acariciadora y mimosa, la mirada insinuante y dulce de la mujer que se propone ganar un auxiliar y en este caso un cómplice. Una pausa. SALAZAR, acercándose á la mesa, junto á la cual está sentada ÁGUEDA.

SALAZAR

Dígame usted.

ÁGUEDA

Respirando más segura ya.

¿Recuerda nuestra conversación de una mañana, en este mismo sitio? Desde entonces han pasado cosas.

SALAZAR

Hablábamos aquel día de dos voces que sonaban en el fondo de su conciencia. ¿Ha callado alguna?

ÁGUEDA

No.

SALAZAR

¿Pues?...

ÁGUEDA

Una de ellas, grita.

SALAZAR

¿La más noble?

ÁGUEDA

En todo caso, la más fuerte.

SALAZAR

Tomando precisamente el libro que ÁGUEDA leía.

Ya. ¿Y usted la escucha?

ÁGUEDA

Todavía no.

SALAZAR abrió el libro, cayó sobre la mesa la flor de antes. ÁGUEDA tiene un sobresalto y un pequeño grito.

SALAZAR

Tomando la flor: con intención.

¿De Lolín?

ÁGUEDA

Mía.

SALAZAR

Entonces, la ha escuchado usted. Esto es un hecho. Realmente la voz debe ser fuerte.

ÁGUEDA

Y buena, Salazar. La misma Lolín me ha abrazado sin rencor. Ya ve usted. Yo he luchado cuanto he podido para resistirme. Pero esto es la felicidad, y no me quedan fuerzas.

SALAZAR

Con una voz de angustia que no puede dominar.

Agueda.

ÁGUEDA

¿Tampoco aprueba usted?

SALAZAR

Dueño de sí: un poco seco.

Me dice que ha luchado. ¿Por qué Agueda?

ÁGUEDA

Recordaba sus palabras de aquel día. Tenía miedo de hacer daño.

SALAZAR

Pensando en sí mismo.

¡No!

ÁGUEDA

Rápidamente.

¿Verdad? Lolín parece revivir. La vida tiene estas sorpresas.

SALAZAR

Triste, mirándola.

Sí.

AGUEDA

Yo sé que el egoísmo no aconseja á nadie intervenir en estos casos. Y su egoísmo me parecía razonable, Salazar. Tiene usted veneración por mi padre. Pero si usted no me ayuda... Yo tampoco tengo fuerzas para afrontarle. Callaré, seré infeliz.

SALAZAR

¡Oh, no!

AGUEDA

Hasta que Lolín olvide por completo, esperaré. Ya estoy hecha á ceñirme sobre el pecho el delantal liso de clínica. La costumbre hizo de él algo como un molde de mis sentimientos. Dejen ustedes únicamente que debajo de aquel lienzo palpite un corazón. Saldrán ganando mis enfermos. Pongo en mis cosas un fervor que no había puesto nunca. Como si ahora todas mis acciones fuesen una manera de amar.

SALAZAR

Agueda, responda usted á mis preguntas y no las extrañe. Quiero estar seguro de sus sentimientos. Ha llevado usted una vida especial. Al lado de su padre, en la austeridad de la clínica, en Madrid, sin otro atisbo del mundo que sus dolores y sus enfermedades, sin otra amistad que la mía, bien poco halagüeña y á veces agresiva; estaba usted poco preparada para la vida sentimental.

AGUEDA

Precisamente por eso la invasión ha sido rápida y no ha dejado nada en pie. Como si en un momento millares de partículas de mi sér, que estaban muertas ó dormidas, se pusieran á vibrar, todas á la vez, ¡con un ansia, con unas ganas de recuperar el tiempo perdido, con una alegría de vivir!

SALAZAR

Todo esto ha sido demasiado brusco y habla usted de ello con extraña exaltación. Puede ser la pasión misma y puede ser..., abre usted los ojos á esta vida..., una alucinación de los sentidos. Entonces se expondría á dar un paso en falso, y sería horrible para usted. Piénselo bien.

AGUEDA

Lo he pensado. Lo he *sentido*, sobre todo. Estoy segura.

SALAZAR

El sentimiento es siempre oscuro. Lo ha sentido, pero lo ha pensado además.

Águeda, con la cabeza, asiente.

Entonces ha llegado el momento de pronunciar un nombre. Porque no lo hemos pronunciado todavía.

Deslizando las palabras, lentamente; apoyando en ellas con una especie de voluptuosidad.

¿Quiere usted, con toda su alma, para la vida y para la muerte, á Jorge Valtierra?

AGUEDA

Una pausa que da al momento cierta solemnidad.

Sí.

SALAZAR

Perdone usted la descortesía de este apremio. Pero de una vez he querido saberlo para siempre. Usted y yo no volveremos á hablar de esto nunca más. Se lo suplico.

AGUEDA

Lo temía. Tampoco aprueba usted. Me dejan sola.

SALAZAR

No; sola no. Pero no hablemos.

AGUEDA

Con acento de suprema angustia.

¿Y si necesito que me apoyen, Salazar?

SALAZAR

Jorge Valtierra y usted me tienen á su lado.

AGUEDA

Efusiva.

Gracias. Puede usted hacer el bien á los demás. Es usted feliz.

SALAZAR

No hablemos de mí.

Se acerca á ella.

Sí; hablemos, una vez.

Cogiendo una mano de Águeda y acariciándola amistosamente, dueño de sí.

Amiga mía, si no hubiese de tomarlo como un consejo, usted que los detesta, yo le diría el secreto de... de mi felicidad.

AGUEDA

¿Lo sabe usted?

SALAZAR

Sí; y es éste: «La felicidad consiste en no tener miedo... á sufrir siempre».

ÁGUEDA

Pues yo empiezo á sufrir, algunas veces.

SALAZAR

Quiere decir que empieza usted á ser feliz. Adiós, Agueda.

Se separan, y SALAZAR se dirige á su cuarto. Por la puertecita del fondo entra el Doctor: antes de volverse á cerrarla llama á SALAZAR.

PAPÁ GASPAR

¡Salazar!

Éste se detiene.

ÁGUEDA

Á SALAZAR, mientras el Doctor deja sobre la mesita de su despacho el sombrero y estuche quirúrgico.

¡Papá; quédese usted!

SALAZAR después de una vacilación queda en escena.

PAPÁ GASPAR

Golpeando el hombro á SALAZAR.

Andas perdido, Séneca; no te veo nunca. ¡Dichosos mis ojos que al cabo dan contigo!

SALAZAR

¡Vieja táctica! Ataca usted, para que no le ataquen. Es usted el que se pierde. Tengo el gusto

de ofrecerle este rincón de «Los Rosales» donde la vida no es tan insoportable. Aquí no nos comemos á los médicos gruñones y hay siempre amigos dispuestos á llevarle la contraria en todas las cuestiones metafísicas.

PAPÁ GASPAR

Con nostalgia dolorosa.

Ya. Tienes razón. No para nunca en casa. ¡Yo, que me encontraba tan bien en «Los Rosales»! No sé, no sé; me vuelvo huraño. ¿Te has comido muchos libros desde ayer?

SALAZAR

Pocos, pocos. Apenas unas líneas. No hago nada.

PAPÁ GASPAR

Entrando; á su hija: sin abrazarla y todo el resto como evitando mirarla á la cara.

¿Y tú, enfermera? Ya me han dicho que me sustituyes con ventaja.

ÁGUEDA

¡Oh, no, por Dios!

PAPÁ GASPAR

Bien, bien y haz siempre así. Me lo han dicho en el pueblo. El chico de Blas, ¿verdad?

ÁGUEDA

Sí.

PAPÁ GASPAR

¿La ayudaste, Salazar?

ÁGUEDA

Me ayudó ama Concha.

PAPÁ GASPAR

Después de una pausa.

¿Y Lolín?

ÁGUEDA

Arriba.

PAPÁ GASPAR

¿En su cuarto?

SALAZAR

Sí, en su cuarto.

PAPÁ GASPAR

Y Jorge en el pueblo. Acabo de verle. No les entiendo.

SALAZAR

Valtierra viene luego. Tomará el té con nosotros. Le invitaron Agueda y Lolín.

PAPÁ GASPAR

Bien; menos mal.

SALAZAR

Y ha estado en «Los Rosales» hasta ahora.

PAPÁ GASPAR

Ya.

Sus miradas involuntariamente van hacia la escalera. Hay una pausa. El Doctor, encarándose con SALAZAR, pregunta:

¿Habló de su viaje?

SALAZAR

¿Quién?

PAPÁ GASPAR

Lolín.

SALAZAR

Sí; me estuvo hablando hace un momento.

PAPÁ GASPAR

Pero, ¿por qué? ¿Qué pasa?

SALAZAR va á contestar: ÁGUEDA se ha deslizado hacia el fondo, junto á la lateral de segundo término, por donde se dispone á salir. Bruscamente el Doctor, que lo observa, dice:

¡Hija mía!

ÁGUEDA

Con sobresalto.

Papá.

PAPÁ GASPAR

¿Llevas prisa?

ÁGUEDA

Iba á cuidar de que dispusieran el té en la terraza como ayer; gustó á todos el sitio.

PAPÁ GASPAR

¿Quieres que hablemos antes sin rodeos? Hace días que en casa nos cuidamos de todo, menos de lo que importa cuidar más.

ÁGUEDA

Papá.

SALAZAR

Doctor.

PAPÁ GASPAR

Ya está dicho. Si en vez de salir por esa puerta, te hubieras dirigido de este lado á acompañar á los que sufren y están solos, yo no habría dicho una palabra. ¿Me entiendes un poco? Vete, ahora.

ÁGUEDA

Sí, papá.

ÁGUEDA tiene un momento de vacilación. SALAZAR ha llegado á la puerta de segundo término derecha, la ha abierto y dice ahora:

SALAZAR

Agueda.

El simple gesto de SALAZAR y el nombre pronunciado por él bastan para apoyar la resolución de ÁGUEDA, que, sintiéndose amparada, sale por la lateral derecha como había iniciado. El Doctor, cruzándose de brazos y desconcertado, se encara con su amigo.

PAPÁ GASPAR

¿De modo que indirectamente, pero en mis propias barbas, te atreves á fomentar la insurrección en casa? ¿Qué moral del diablo es esa, maestrillo?

SALAZAR

La moral de usted, maestro. Acompañar á los que sufren y están sólos. ¿No fueron estas mismas sus palabras?

PAPÁ GASPAR

Mira, no embrollemos la cuestión desde el principio. Sepamos antes cómo y de qué hablamos.

SALAZAR

Ese es el método de Sócrates.

PAPÁ GASPAR

No me he de callar por eso. Tú puedes darme lecciones de filosofía y de moral, así, en palabras. Pero á hacer el bien á secas, sin que necesite ra-

zones para hacerlo y contra mis propios sentimientos, si es preciso, no me gana nadie. ¿Está entendido? Pues bien:

Señalando hacia la escalera.

esta criatura se nos muere irremisiblemente.

SALAZAR

¡Doctor!

PAPÁ GASPAR

¡Irremisiblemente! ¿Comprendes lo que esto significa para mí? ¡La labor de diez años! ¡Y una labor en vivo, palpitante, con una boca que sonríe, con un corazoncillo que agradece! ¡Criatura!

SALAZAR

Cálmese, Doctor.

PAPÁ GASPAR

Tú sabes que nunca pequé de vanidad. Recompensas de Academias y Congresos, dignidades y consultas..., ¡bah! ¿qué es todo? Pero cuando ella me llamaba candorosamente «papá Gaspar», ¡pa-pá Gas-par!, sí que me sentía orgulloso. ¡Esto era un premio! ¡Y esto se acaba! ¡Compadéceme, maestrillo!

SALAZAR

Sí, Doctor. Se deja usted llevar del corazón; le compadezco.

PAPÁ GASPAR

Ya estoy viejo. Casi agotados todos los estímulos me quedaba una ilusión. Tengo una hija de mi amor; tuve otra hija de mi ciencia; yo esperaba morirme, besando sus manos unidas, con un mismo beso, y esto no será. ¿Qué pasa aquí?

SALAZAR

Doctor Ayezcua, cuando le llega á usted al corazón, usted sabrá qué pasa. Yo soy quien pregunta.

PAPÁ GASPAR

Basta. Acércate. No quiero que nos oigan. Hago historia.

Se acomodan. La confidencia empieza en voz baja. Ambos interlocutores, en la discusión que sobreviene, irán luego alzando el tono, hasta acabar casi gritando.

Momentos antes de llegar á esta casa Valtierra, la mañana misma del accidente, ¿recuerdas? Lolín me había confesado la verdad. Yo lo presumía..., ¡y estaba tan contento! Había sido una inclinación espontánea; la naturaleza intervino solamente. Ella y Valtierra se querían. Un idilio. Pero, al mismo tiempo, un síntoma. Para mí, principalmente, un síntoma. La anemia de Lolín cedía, al cabo. Aquel organismo clorótico, endeble, abierto á la invasión de todos los gérmenes enemigos de la vida hacía crisis; reaccionaba; regía de un modo natural, perfecto. Florecía: luego había savia. Lolín se salvaba.

SALAZAR

Se salvaba.

PAPÁ GASPAR

¡Y cómo! El remedio estaba á nuestro alcance, y yo sólo tenía deseos de precipitarlo. Nada de enfermizo en su cariño; la unión posible, la vida sana, en el campo, al aire libre, y la maternidad futura, aportando, á su tiempo, la curación definitiva. ¿Comprendes mi alegría?

SALAZAR

Sí, Doctor.

PAPÁ GASPAR

Pues aquí acaba. El idilio no ha tenido otro capítulo. Si la inclinación de Jorge ha sido pasajera, para Lolín será mortal. La anemia reaparece. Si los ataques repiten—y en su situación de espíritu es probable—el corazón no podrá más. Vendrán la lesión y la muerte, á breve plazo. Días, meses á lo sumo. Pues bien; en estas circunstancias, sentir la amenaza y no conocer remedio es un dolor; conocer el remedio y no aplicarlo ¡un crimen!

SALAZAR

¡Doctor!

PAPÁ GASPAR

¡Un crimen!

SALAZAR

En primer lugar, podría usted equivocarse. Lolín parece más animosa, más fuerte, más alegre, de unos días á esta parte. Mejora.

PAPÁ GASPAR

Es falso. Lo que hay, es una terca voluntad de sacrificio, que reanima ese organismo y le da una apariencia de salud.

SALAZAR

Pero ella misma afirma á todas horas que se siente bien.

PAPÁ GASPAR

Miente.

SALAZAR

¿Y el color en las mejillas, en los labios?

PAPÁ GASPAR

¡Fiebre! Y tú lo sabes como yo. Salta á los ojos. Es inútil que pretendas afirmar lo que no crees. El problema es el que yo te he planteado: ¿intervengo para remediar las cosas como pueda ó me cruzo de brazos, delante de la amenaza irremediable?

SALAZAR

¿Puede usted intervenir?

PAPÁ GASPAR

¡A no dudarlo!

SALAZAR

¿Con qué derecho?

PAPÁ GASPAR

¡Cuarenta años de lucha con la muerte, sin un minuto de sosiego y diez años de arrancar de sus garras á esa criatura, me lo dan!

SALAZAR

¿Se trata de ella nada más?

PAPÁ GASPAR

Un rayo de esperanza; una palabra de Jorge, una sonrisa, ya ves que esto es fácil, y conjuramos el peligro. Lo demás se hará después.

SALAZAR

Entonces se trata de Jorge.

PAPÁ GASPAR

Tampoco.

SALAZAR

¿No?

PAPÁ GASPAR

Se trata de Agueda.

SALAZAR

¿De Agueda?

PAPÁ GASPAR

Sí; de ella. Y no lo niegues. No la acuso... ¡hija mía!, ella no sabe el mal que causa. Pero yo hablaré.

SALAZAR

¡Usted no hablará

PAPÁ GASPAR

¡Maestrillo!

SALAZAR

¡Maestro, si usted quiere!

PAPÁ GASPAR

Soy su padre.

SALAZAR

Dios es Dios, y con todo su poder no llega á tanto. Nos da un alma libre de hacer el bien ó el mal y no interviene hasta después.

PAPÁ GASPAR

¿Pero no te he dicho, Salazar, no sabes tú, que donde veo un peligro, cuarenta años de mi vida me están forzando á intervenir?

SALAZAR

En este caso, no.

PAPÁ GASPAR

¿Por qué? ¿No das razones?

SALAZAR

Una basta. Si su hija de usted se le muriese, Doctor; si fuera necesario, Dios no lo permita, proceder con el bisturí sobre su cuerpo enfermo, abrir aquella carne de su carne para extirpar el mal... imagine usted el mayor peligro y la más perentoria urgencia de remedio...

PAPÁ GASPAR

Sí, te sigo.

SALAZAR

Y dígame con lealtad: ¿procedería usted de su persona, con su mano fofa, temblorosa, torpe, inútil de emoción ó buscaría la mano hábil, segura, mecánica, fría de un buen compañero?

PAPÁ GASPAR

¡No te respondo! Pero además la mano fría en este caso...

SALAZAR

¡El Destino! que es más que frío, Doctor, ¡que es implacable!

PAPÁ GASPAR

¡Y ciego! Le recuso. ¿Qué tienes hoy? ¡No te conozco, Salazar!

Ambos se miran. SALAZAR inclina la cabeza. Tiene el Doctor una sospecha que deja transparentar en sus palabras, y con un tono de infinita y tierna piedad, prosigue.

Sí te conozco. ¿Qué me importa tu silencio de estos año? Te conozco. Pero no haces bien callando.

SALAZAR

¡Doctor!

PAPÁ GASPAR

¡No, no haces bien! ¡Esta vez tu casa y la mía iban unidas!

SALAZAR

¡La de Agueda no!

PAPÁ GASPAR

¡Quién sabe! ¡Yo, que te abriría mis brazos con toda mi alma!

SALAZAR

¡Si yo me acordara de mis sentimientos para caer en ellos, cometería una infamia!

PAPÁ GASPAR

¡Pues bien, déjame solo!

SALAZAR

¡No, Doctor!

PAPÁ GASPAR

¿Me das la razón y te decides á ayudarme?

SALAZAR

No tiene usted razón y quiero convencerle.

PAPÁ GASPAR

¿Convencerme? Se trata de la vida, para esta criatura.

SALAZAR

Se trata de la felicidad para su hija.

PAPÁ GASPAR

Yo sé que no es Valtierra su felicidad. Ella le ciega, le arrastra, le domina físicamente, si tú

quieres, pero Valtierra, en el fondo, ama á Lolín. Esto es humano.

SALAZAR

En cuanto á Jorge: en cuanto á ella...

PAPÁ GASPAR

Una pasión de dos meses no puede ser profunda.

SALAZAR

No se miden las pasiones por su profundidad, sino por su violencia, Doctor: son una fuerza.

PAPÁ GASPAR

Que otra fuerza puede contrastar.

SALAZAR

Si se hace responsable de los resultados, sí.

PAPÁ GASPAR

Perfectamente. Yo me hago responsable. Hasta aquí lo he sido siempre. Entre dos peligros igualmente grandes acudiría siempre ¡siempre! sin distinción de propios ni de extraños al más inmediato. Pues bien: en este caso, el más inmediato está aquí!

Señala, hacia la escalera, el cuarto de LOLÍN.

SALAZAR

¿Por qué?

PAPÁ GASPAR

Porque ésta tiene la muerte sobre el corazón.

SALAZAR

Y Agueda al alcance de la mano: hasta el corazón tarda un segundo.

PAPÁ GASPAR

Pero, entonces, ¿está ciega?

SALAZAR

Lo estará. Dígale usted que su felicidad es imposible, que hay circunstancias en que el amor es cuestión de vida ó muerte, y una criatura apasionada y voluntaria no necesita más.

PAPÁ GASPAR

Entonces...

SALAZAR

Quiere usted salvar un corazón. Está en su derecho. ¿No le da su ciencia nombres de alcaloides y drogas para el caso?

PAPÁ GASPAR

¡Vanidad!

SALAZAR

¿Necesita forzar un alma? ¿Para la especie de transfusión de felicidad que usted soñaba, tiene que ejercer coacción sobre los sentimientos de su hija? No puede usted. No es medicina. Ignora adónde va; la anatomía de las almas es un secreto de Dios; no puede usted hacerse responsable de lo que resulte. O si puede, la operación, Doctor Ayezcua, es bien sencilla: llame á su hija, gane usted la confianza de su alma, escuche de sus labios la confesión ingenua de su amor violento y vivo, como todo en ella, y oblíguela usted.

Hay una pausa. SALAZAR acaba de ganar la partida por completo. El Doctor, deshecho y abrumado de indecisiones y dolor, se deja caer en el sillón.

PAPÁ GASPAR

¡No; no puedo! Pero entonces...

Casi sollozando, los codos sobre la mesa y la cabeza hundida entre las manos.

¡Hija mía!

SALAZAR

Acercándose, muy conmovido.

Doctor...

PAPÁ GASPAR

¡Maestrillo! Si te proponías apretarme el corazón entre tus manos hasta exprimir de él todo heroísmo, hasta dejarle hecho una piltrafa de apocamiento y cobardía, lo has logrado. Pero entonces, Salazar, para esta criatura no hay remedio.

SALAZAR

Nadie sabe...

PAPÁ GASPAR

Sí lo sé... es la muerte...

SALAZAR

Doctor.

PAPÁ GASPAR

Se muere, yo lo veo, lo acepto. ¿Quieres que lo acepte, Salazar? ¡Pues es un crimen!

SALAZAR

¡Dios dirá!

PAPÁ GASPAR

¡Es un crimen, es un crimen!

ÁGUEDA, entrando, se detiene sobrecogida al oir las últimas palabras; en un arranque brusco se abraza al Doctor, cerrándole la boca.

ÁGUEDA

¡No, papá, por Dios! ¡No digas eso!

SALAZAR

¡Agueda!

Queriendo contenerla.

PAPÁ GASPAR

¡Hija!

ÁGUEDA

¡Papá!

PAPÁ GASPAR

¿Por qué no hablabas? A su tiempo, el remedio era posible. Dí, ¿por qué no hablabas?

ÁGUEDA

Perdóname, y ella también, que me perdone. ¡Díselo!

PAPÁ GASPAR

¡No! No diré nada.

ÁGUEDA

¡Tráemela! Quiere marcharse. Y ya ves, lejos de ti, se moriría, ¿verdad? Yo no sabía... y ahora sí... ¡tráemela!... Quiero decirle...

PAPÁ GASPAR

¡Cálmate!

ÁGUEDA

Para que no conozca... Si... ya estoy...

Obedeciendo á una instancia irresistible de su hija, que sin palabras reclama á LOLÍN, *sale el Doctor por la escalera.*

SALAZAR

Agueda... Piense usted... Su felicidad es un derecho que nadie puede disputarle. Pero, lo he dicho ya: Jorge y usted me tienen á su lado.

ÁGUEDA

Gracias, Salazar. Haré lo que pueda.

Entra por el fondo JORGE VALTIERRA. *Ella, con un grito:*

¡Jorge!

JORGE VALTIERRA

Al verla tan emocionada y descompuesta.

Agueda, ¿qué pasa? Por Dios, hábleme usted... ¿Qué ocurre? ¡Diga!

ÁGUEDA

Deja una pausa. Tiene los ojos fijos, con un embeleso casi estático, en los ojos de JORGE; *mostrándole pasionalmente la flor en la mano, dice:*

La última... ¿ve usted?

JORGE inclina la cabeza.

Jorge... antes, al ofrecérmela, ¿lo hizo usted con toda su alma?

JORGE VALTIERRA

Sí; antes sí.

ÁGUEDA

Sobreponiéndose á la situación desde este instante.

Basta, gracias. Señor Valtierra, ¿sabe usted que el Doctor Ayezcua tiene la triste fama de equivocarse rara vez en sus sentencias?

JORGE VALTIERRA

Sí.

ÁGUEDA

Pues el Doctor Ayezcua opina que si Lolín se va mañana, renunciando para siempre á... á «Los Rosales», morirá: ¿Y usted no quiere que se muera, verdad?

JORGE VALTIERRA

Solemnemente, después de una pausa, pasando con su lealtad sobre la violencia del momento.

No.

ÁGUEDA

Para ahogar su propia emoción, gritando:

¡Papá!... ¡Lolín!

Y ahora secamente.

Jorge, tiene usted la obligación de lograr absolutamente de Lolín que no se marche. Se lo debe usted á ella.

JORGE VALTIERRA

Agueda...

ÁGUEDA

Y me lo debe usted á mí. ¡Papá! ¡Lolín!

Como aparecen ambos en la escalera, con un arranque irresistible, corre Águeda á su encuentro. El Doctor, detrás de Lolín, se lleva la mano al corazón, imponiendo la calma á su hija.

¡Lolín!

LOLÍN

¿Qué os pasá? ¡Parecéis todos conmovidos!

ÁGUEDA

¡No que no! Y se extraña, después que dió el disgusto. Ibas á marcharte para siempre, ingrata.

Lolín quiere protestar.

Sí; no lo niegues, yo lo sé. Pues bien, ya no te vas.

LOLÍN

¿Qué?

ÁGUEDA

Ya no te vas, estoy segura.

LOLÍN

Ya no me voy. ¿Por qué?

ÁGUEDA

Dile, papá... No, Jorge, dígale usted por qué no se va.

LOLÍN

Incapaz de dominarse.

¿Jorge?

ÁGUEDA

¡Sí, sí, ve y sé feliz. Sed felices!

Ella acompaña á LOLÍN al lado de JORGE. Los dos, con PAPÁ GASPAR, forman grupo hacia el fondo. ÁGUEDA siente un sollozo que oprime su pecho. Al volverse, ve á SALAZAR.

¿Está bien, Salazar?

SALAZAR

Está bien, Agueda.

La infeliz se deja caer sin fuerzas sollozando. Acude á su lado SALAZAR.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración. Acaba Septiembre. Un día gris, casi invernal. Sobre la mesa el servicio del desayuno, que va retirando una doncella, á la que luego Ama Concha ayudará.

Junto á la puerta del fondo, Don Gaspar, que aguarda una respuesta de Ama Concha. Ésta ha abierto la puerta del cuarto de Salazar, y después de mirar adentro, dice:

AMA CONCHA

No, Doctor; no ha vuelto. Aquí no hay nadie.

PAPÁ GASPAR

Estará en el pueblo todavía.

AMA CONCHA

Despidiéndose estará. Se marcha hoy mismo.

PAPÁ GASPAR

Esta tarde. ¡Qué terco es Salazar!

AMA CONCHA

Pensé que cambiaría de propósito, en vista de lo que decidieron ustedes hace poco.

PAPÁ GASPAR

Yo no he decidido nada.

AMA CONCHA

Bien. Agueda. Como todos los años se van ustedes juntos, no le costaba tanto retardar el viaje hasta mañana.

PAPÁ GASPAR

Pues ni quiere ni puede retardarlo... ¿Te parece mal?

En este momento salió la doncella por la lateral derecha de segundo término para no volver. AMA CONCHA se queda, acabando de ordenar la mesa y la conversación con el Doctor se hace más intima.

AMA CONCHA

Con sorna.

Yo diría que es usted el descontento.

PAPÁ GASPAR

Lo que me irrita es que el último día, justamente, se pase la mañana fuera. Y es el tiempo el que le retiene allá.

Observando por los cristales de la mampara.

Ya no sale el sol.

AMA CONCHA

Que acabó de disponer la mesa.

Tal vez, á medio día, aclarará. Pero este Septiembre anda loco.

PAPÁ GASPAR

Sí.

AMA CONCHA

Parece invierno... ¿Avivo el fuego?

PAPÁ GASPAR

Creo que no estorbará.

AMA CONCHA se dirigé á la chimenea, cuyas brasas procura avivar durante el diálogo.

AMA CONCHA

Vea usted si tuvo mi Agueda razón, disponiendo las cosas como las dispuso.

PAPÁ GASPAR

Pero un viaje no se decide así, de buenas á primeras, como acabamos de decidir el nuestro, tomando el desayuno.

AMA CONCHA

No más tarde que anteayer me dijo usted que debieran salir hoy, con Salazar...

PAPÁ GASPAR

Era un decir. No corre tanta prisa.

AMA CONCHA

¿No?... Hace un año, tal día como hoy mismo, llegábamos á Madrid, de vuelta de «Los Rosales». Conque ya ve usted.

PAPÁ GASPAR

Hace un año las circunstancias eran otras. Este año había que pensar en todo y darle tiempo al tiempo.

AMA CONCHA

Pues, hijo, hablar antes. Pero como nos hemos pasado cerca de dos semanas sin chistar; que en esta casa todos parecíamos trapenses, claro, aunque esta mañana parece que se ha roto el hielo, todo se nos queda por decir.

PAPÁ GASPAR

Yo necesito despedirme de mis enfermos en el pueblo.

AMA CONCHA

¿Por qué no va usted?

PAPÁ GASPAR

¿Y Lolín? Dentro de poco tendré que acompañarla á su paseo de todas las mañanas...

AMA CONCHA

Por la lumbre, que ha prendido en este momento.

¡Ya está!

Al Doctor, que se queda parado mirando la llama sin decir palabra.

¿Saco el gabán?

PAPÁ GASPAR

¿Para qué?

AMA CONCHA

Para ese paseíto de todas las mañanas, si quiere usted, señor Doctor. Ni el tiempo, ni sus años, están para lucir el cuerpo, á estas alturas.

PAPÁ GASPAR

Malhumorado, sentándose junto al fuego y calentándose las manos á la lumbre.

No necesito gabán, á las nueve de la mañana y en Septiembre.

AMA CONCHA

Lo necesitará usted mañana, á punta de día, cuando pase el puerto, tiritando, como todos los años. Porque salen ustedes á las seis, señor Doctor.

PAPÁ GASPAR

Veremos.

AMA CONCHA

¿Qué hago?

PAPÁ GASPAR

Lo que quieras.

AMA CONCHA

Sacaré el gabán.

Aparece en la escalera ÁGUEDA *con unos libros en la mano. Un sello de melancolía en toda su figura; un poco pálida. La voz como muerta y desengañada.*

ÁGUEDA

Estos libros, ama; en mi maleta también.

Ama Concha coge los libros.

¿Está hecha?

AMA CONCHA

Casi.

ÁGUEDA

¿Y lo demás?...

AMA CONCHA

A punto. Podíais salir esta tarde, si tanto empeño tienes.

ÁGUEDA

¡Ojalá!

Ama Concha, con los libros, se dirige hacia la mesa central, donde habrá desparramadas unas matas de espliego.

AMA CONCHA

No..., no podrías, ahora que recuerdo. Faltan los manojitos de espliego, como todos los años.

ÁGUEDA

¡Si es que es un obstáculo!

AMA CONCHA

Un poco agraviada.

Ningún año has querido marcharte sin tu espliego para la ropa blanca. Con que...

ÁGUEDA

Sin ganas de hablar.

Bien, ama; es igual.

Se ha recostado en el sillón, las manos sobre los brazos de éste, la cabeza contra el respaldo y la mirada ardorosamente fija en el vacío. AMA CONCHA y el Doctor la consideran con la misma pena. AMA CONCHA se vuelve á mirar al Doctor.

PAPÁ GASPAR

¿Y mi gabán?

AMA CONCHA

Ahora lo traigo.

PAPÁ GASPAR

Sí.

AMA CONCHA sale por la lateral derecha segundo término. El Doctor y ÁGUEDA siguen callados un instante. DON GASPÁR, lentamente, se acerca á su hija, la acaricia con devoción, pasando su mano por la cabeza, y dice:

¡Hija!

ÁGUEDA

Con un pequeño sobresalto al oir la voz, como volviendo de un ensueño.

Papá...

PAPÁ GASPAR

¿Qué tienes?

ÁGUEDA

Le mira un instante fijamente á los ojos antes de contestar; luego, sonriendo con tristeza profunda:

Nada.

El Doctor no insiste. Vuelve á alejarse; da algún paseo, se acerca á la puerta del fondo, mira un instante afuera y resume la infinita melancolía de su breve contemplación, diciendo:

PAPÁ GASPAR

¡Qué día!

ÁGUEDA

¿Vas á salir, papá?

PAPÁ GASPAR

Sí.

ÁGUEDA

¿Porque yo he venido? ¿Te da pena verme así? ¿También á ti te estorbo?

PAPÁ GASPAR

Con toda su alma, acudiendo.

¡Agueda!

ÁGUEDA

¿Y no queréis que tenga ganas de marcharme? ¡Sí, cuanto antes, cuanto antes! ¡Mañana, hoy, si da tiempo! ¡Hoy mismo!... ¡Por favor!... ¡No puedo más!

PAPÁ GASPAR

Si te decides á hablar como Dios manda y tienes confianza en mí—puedes tenerla—, vamos á ir despacio; hablemos. Y en primer lugar, ingratitudes no..., palabras injustas, duras, que aquí no merece nadie, que yo no merezco, tampoco.

ÁGUEDA

¿Palabras injustas?

PAPÁ GASPAR

Y duras, sí. Las has dicho, hace un momento. Contéstame; ¿cuándo y á quién estorbas tú?

ÁGUEDA

¡Siempre y á todos! Desde hace unos días, sí, papá: ¡siempre y á todos! Bien á mi pesar, bien sin querer, pero lo veo. No lo niegues; tú lo sabes, ¡y es natural!

PAPÁ GASPAR

¡Pues yo lo niego!

ÁGUEDA

Dado el primer paso, fué un error seguir aquí. ¿No se ha cumplido un deber? ¿Pues ya, qué aguardamos? No era mi felicidad lo que íbamos buscando.

PAPÁ GASPAR

¿Y te arrepientes?

ÁGUEDA

¡Al revés! Me gusta haberlo hecho. Como si de todos modos fuera un descanso este dolor. Pasó ya todo... para mí. Al principio creí que moriría. Tampoco. Sigo viviendo. Pero dejadme salir de aquí. Yo creo que son los demás los que no me dejan olvidar, los que recuerdan demasiado... y me hacen daño.

PAPÁ GASPAR

¡Agueda!

ÁGUEDA

¡Sí, papá! Y eso, á pesar de los esfuerzos de Lolín, de la discreción de Jorge..., de tus idas y venidas conciliadoras, acompañando mi soledad y escondiéndome sus entrevistas. No. ¿Por qué, papá? Todo esto es falso, pueril, odioso. Marchémonos de aquí. ¡Se me cae la casa encima!

PAPÁ GASPAR

¡Es que te engañas!

ÁGUEDA

Papá, escucha... Callé tantos días que ya no puedo más. Si las cosas han seguido su curso natural ¿por qué ocultarlo? Jorge viene á «Los Rosales» todas las mañanas; no le he visto nunca. ¿Por qué? Habéis combinado con Lolín este paseo higiénico, por el parque, los tres... ¿Piensas que he tenido la fuerza de no seguiros desde lejos, de no espiaros torpemente, desde mi cuarto, detrás de los cristales? ¡Y os he visto á los tres!... ¡Y he sufrido! sola, expulsada de aquel pequeño mundo de felicidad, al que los demás tenían derecho. ¿Quieres que te diga la verdad? Ha sido injusto.

PAPÁ GASPAR

Tal vez sí; pero atiende...

ÁGUEDA

Una mañana, Salazar, que salía de su cuarto, me sorprendió observandóos, aquí mismo, detrás de esos cristales. No supe qué decir. Debía estar horriblemente pálida... Salazar abrió la puerta, me ofreció su brazo y me dijo: «Vamos; es necesario que comprendan todos que usted puede estar allí.» ¿Ves, papá?... No quise hacerlo. Temi dis-

gustaros, impresionar á Lolín. Pero aquellas palabras ¡me hicieron tanto bien!... Salazar me conocía. Me sentí un poco digna de vivir.

PAPÁ GASPAR

Salazar podía hablar así, porque es un hombre acostumbrado á hacerse fuerza en esta vida; pero Lolín, casi una niña, enferma, endeble; Lolín para quien el afecto de los demás no ha tenido nunca otra forma que la compasión y el mimo... ¿quieres que procediera de igual modo? La estoy escuchando todavía... «que Agueda no sepa, que Agueda no vea: me da pena ser feliz, cuando ella sufre... ¡no, no; que no sepa, que no vea!» Y su timidez parecía en aquellos momentos tan respetable, por lo menos, como tu generosidad. Había, en el fondo, la misma ternura... Hija mía, ¿era tan fácil decidir?

ÁGUEDA

Papá... ¿por qué no hablabas así estos días? ¡He estado tan sola!

PAPÁ GASPAR

No es verdad. Las lágrimas que tú llorabas quemaban esta piel. Pero toda mi vida fué lo mismo; tú lo sabes. Como si no oyera los ayes y las quejas de los que sufren, les martirizo para curarles, ellos me acusan de crueldad porque no escucho, y á la larga estos ayes y estas quejas que no

escucho, me han hecho envejecer antes de tiempo... Es duro, es duro.

Águeda considera á su padre que hace esfuerzos para no aparecer conmovido. Ella misma, en el ápice de una emoción inefable, se acerca á él, acaricia con su mano izquierda la venerable cabeza del anciano y lleva á sus labios devotamente con su diestra la de su padre.

ÁGUEDA

¡Papá!... ¡Perdón, papá!

Una pausa: el padre, con un esfuerzo para serenarse, besa á Águeda en la frente y dice procurando volver al tono natural:

PAPÁ GASPAR

Bien... pasó todo... Y ahora acaba de olvidar... No sabemos sólo de cauterios los médicos: sabemos de bálsamos también Agueda, hija mía, mira á tu alrededor. No te quejes de que te escondamos alegrías. No las hay aquí. No las habrá verdaderas mientras tengan tus ojos ganas de llorar.

ÁGUEDA

Gracias, papá.

Y quedan ahora, por fin, abrazados ambos. Al cabo de un instante, viene por la escalera Ama Concha. Trae el gabán y el sombrero del Doctor. Sin levantar la voz, dice:

AMA CONCHA

Señor Doctor...

PAPÁ GASPAR

Dominándose: él y Águeda se separan.

Gracias, ama. Déjalo.

AMA CONCHA

Un poco cohibida: como con pena de haberles sorprendido.

Y dice Lolín que si la espera usted, saldrá en seguida; que va á ser la hora de todos los días.

PAPÁ GASPAR

Está bien.

Sale Ama Concha precipitadamente y sin hacer ruido, como deseando hacerse olvidar. El Doctor se vuelve mirar á su hija con intención.

Si tú quieres, no saldremos.

ÁGUEDA

Sí; pero antes hablaré con Lolín.

PAPÁ GASPAR

¡Así!

ÁGUEDA

No quiero que me espere para ser feliz. ¡Tal vez no lo sería nunca!

Viene Lolín por la escalera. En la actitud de ambas mujeres se da á entender el muro de hielo que, tal vez sin querer ellas, separa sus corazones desde el acto anterior. Lolín ha pasado por delante de Águeda sin acercarse á abrazarla como de costumbre.

LOLÍN

Buenos días, Agueda.

ÁGUEDA

Buenos días.

Lolín sigue andando hasta llegar al Doctor, cuya mano besa también, diciendo:

LOLÍN

Papá Gaspar... ¿Ha pasado algo nuevo? ¿Qué tenéis?

PAPÁ GASPAR

Nada.

El Doctor se acerca á los cristales del fondo. Lolín vuelve á observar á Águeda, acercándosele; pero deteniéndose á medio camino, bruscamente, á su pesar, cuando Águeda la mira.

El día tiende á levantarse. Si esperamos un poco, saldrá el sol.

ÁGUEDA

Con un suspiro.

¡Ojalá salga!

PAPÁ GASPAR

Lolín... ¿Quieres que esperemos?

LOLÍN

Yo quiero lo que mande usted.

ÁGUEDA

Acercándose á Lolín con un aire de reproche cariñoso.

Pero te contraría... Eso es... quedarte aquí, un momento, á charlar buenamente, en la sala grande, como otros años, los días sin sol... te contraría ya.

LOLÍN

¡No, Agueda!

ÁGUEDA

Sí, niña... Y no ha cambiado nada. La puerta cerrada, como otros años desde los primeros días de Septiembre; la enredadera sin hojas y sin flores... los montes con nieve, el cielo gris... Lo único este poco de fuego en el hogar porque nos volvemos viejos.

PAPÁ GASPAR

Porque Concha se empeñó.

ÁGUEDA

Pues bien, por eso... De todos modos hace bien. A mí me consuela.

Se acerca á la chimenea y se sienta en un sillón junto á ella.

Así... como otros años. Pero no estamos todos. Falta Salazar.

PAPÁ GASPAR

Ha salido. A despedidas. Hoy se marcha.

ÁGUEDA

¿Ya?

PAPÁ GASPAR

Lo decidió hace días.

ÁGUEDA

Pero, saliendo nosotros mañana... Todos los años nos hemos ido juntos.

LOLÍN

Hace apenas tres horas que decidísteis salir vosotros.

ÁGUEDA

Le sobraba tiempo para aplazar su viaje. No es amable. Pues mañana, la partida será triste. ¡Qué solos, papá!

PAPÁ GASPAR

Me ha dicho Salazar que previno á su madre por carta de su llegada. Parece que no da tiempo de volverla á escribir. Y la buena señora pasaría muchísima inquietud. Adora en él.

ÁGUEDA

¿Vive tan lejos?

PAPÁ GASPAR

En uno de esos pueblecitos escondidos de la provincia de Avila, al pie de Gredos. Llega correo cada cuatro días. No hay que pensar en telégrafo.

ÁGUEDA

¿Y allí va á enterrarse Salazar?

PAPÁ GASPAR

Todo el invierno.

LOLÍN

¿Y se resigna á esa especie de destierro?

PAPÁ GASPAR

Tiene á su madre. ¡Qué viejecita apacible y fervorosa! La he visto una vez y no se me borra. Los dos ¡se completan de un modo!... Además, aquella tierra es él. Fué de su casa, en otro tiempo. Á uno de sus abuelos, que era amigo de Santa Teresa, le llamaba la monja «El Caballero Santo». Hay que haber vivido, como yo viví, cinco ó seis días en aquel viejo caserón de piedra, intacto hace tres siglos, para acabar de comprender á Salazar.

LOLÍN

No habla nunca de su madre. ¡Es raro!

ÁGUEDA

No habla de lo que le llega al corazón.

PAPÁ GASPAR

Es cierto.

ÁGUEDA

¡Nos iremos solos!

LOLÍN

Yo, en rigor, podría salir con ustedes como todos los años.

PAPÁ GASPAR

¿Tú?

LOLÍN

Ya estoy buena. Por mucho que me convenga la cura de montaña, llevo aquí cinco meses. ¿Para qué he de prolongarla más?

ÁGUEDA

Porque tú haces bien quedándote, Lolín. Se queda aquí ama Concha, que siempre te ha querido; se escribió á doña Constanza, que llegará mañana, encantada, satisfecha de pasar unas semanas con la sobrinita buena... Todos aquí te quieren. Pues si los que están aquí te quieren, tú haces bien quedándote, Lolín. Y además, hay tu salud; lo más importante, ¿no es verdad papá?..., porque no te pertenece. Tu salud es de él. Y este hierro que empiezan á acarrear tus venas, tan perezosas antes que no podían con la carga, Papá Gaspar lo ha puesto todo... Papá Gaspar y «Los Rosales»... Tú haces bien quedándote. En realidad, soy yo la única que no sé cómo hacer bien...

Mira á su padre, que está conmovido, corriendo á él.

¡Oh, sí, perdón, papá! También lo sé.

Medio le abraza. Á LOLÍN, por el Doctor.

Él lo niega, pero no puede ya vivir aquí. Se muere de nostalgia. La otra tarde se empeñó en que yo tenía fiebre. Le hacen falta sus enfermos. ¡Y bien pensado, á mí también! ¡Pues á buscarlos! ¡A Madrid mañana! Los dos solos; pero los dos contentos. Y tal vez otro verano darán rosas «Los Rosales».

Volviendo á LOLÍN, muy conmovida. El Doctor, que disimula su emoción, va al fondo.

Lolín, ¿me vas á echar de menos?

Sin palabras, después de una pausa, LOLÍN se arroja en brazos de ÁGUEDA.

LOLÍN

¡Agueda!

ÁGUEDA

Dominada más, cuanto mayor es la emoción de LOLÍN.

¡Lolín!... Tonta.

Á su padre.

¿No acaba de salir el sol?

PAPÁ GASPAR

No se decide.

ÁGUEDA

Pues vamos á forzarle... si es preciso

LOLÍN

Agueda, escucha.

ÁGUEDA

No quiero que esperéis.

Tiene una especie de excitación febril, que se resolverá despues en llanto.

Aquí, papá.

Le ayuda á ponerse el gabán y le da el sombrero.

LOLÍN

Quisiera decirte..., tengo que decirte...

ÁGUEDA

Fingiendo enfado.

No tienes nada que decirme.

LOLÍN

¡Agueda, no; mira que es muy grave; mira que yo misma no sé cómo empezar, pero no puedo más!... Estos días, sí; nos hemos visto apenas, no hemos hablado nunca. Pero hoy, después de hablar como antes, de abrazarnos como antes..., no sé..., me parece que hago mal. Que hay entre nosotras algo. Te lo juro. Si mi felicidad es á costa de esta violencia entre las dos, ¡prefiero sufrir!

ÁGUEDA

No, mi Lolín, no digas eso. Entre las dos no hay nada.

LOLÍN

Sí, sí.

ÁGUEDA

Nada. Papá, dí á Jorge de Valtierra que mañana salimos, que quisiera despedirme de él y que hoy, si no tiene mejor, almuerza con nosotros.

Sonriendo se vuelve á LOLÍN.

¿Estás contenta?

LOLÍN

Sí.

ÁGUEDA

¿Era eso?

LOLÍN

Sí. ¿Le guardas rencor?

ÁGUEDA

Sí.

LOLÍN

¿Le acusas entonces?

ÁGUEDA

Del mayor daño que he sufrido nunca. ¡Privarme de tu cariño casi un mes!

LOLÍN

Gracias, Agueda, gracias.

Sale LOLÍN. El Doctor queda un poco atrás, y dice á ÁGUEDA:

PAPÁ GASPAR

Has hecho su felicidad. ¿No podemos hacer nada por la tuya?

ÁGUEDA

¡Qué sé yo, papá!

Sale el Doctor. Hay una pausa.

¡Qué sabe nadie!

Da unos pasos, hace sonar un timbre: otro silencio; aparece AMA CONCHA.

Otro cubierto en la mesa, esta mañana. El señor Valtierra almuerza con nosotros.

ÁGUEDA va á salir por la lateral izquierda de primer término sin añadir palabra.

AMA CONCHA

¡Está bien!

ÁGUEDA

Ya en la lateral volviéndose y obligando á AMA CONCHA, que la observaba toda extrañada, á disimular.

¿Salazar ha vuelto?

AMA CONCHA

Aparentando la mayor naturalidad.

No ha vuelto todavía.

Sale ÁGUEDA. AMA CONCHA se acerca á la mesa centrál, donde está el espliego. SALAZAR entra por el fondo, al cabo de unos segundos. AMA CONCHA le mira socarronamente de tarde en tarde, y dice al fin:

¿De viaje, decididamente?

SALAZAR

Volviéndose, extrañado.

Sí; de viaje decididamente.

SALAZAR da unos pasos, y, apoyado en la chimenea, se queda silencioso, viendo las manipulaciones de AMA CONCHA. Ésta continúa.

AMA CONCHA

Espliego. Cuando mi Agueda y el Doctor fueron á Suiza, hace ya tiempo, á estudios, para montar la clínica, trajo la niña su afición por estas hierbas. Y la guarda todavía. Verá usted. Se hacen

unos manojitos... las florecillas replegadas hacia dentro... así y los tallos cubriéndolas, atados. Son muy lindos.

SALAZAR

Cogiendo un tallito florido cuyo perfume aspira con fruición.

Mi madre pone también en los arcones de la ropa blanca espliego y manzanas. Huele á mañana de invierno.

AMA CONCHA

La de hoy.

SALAZAR

¿Salió don Gaspar?

AMA CONCHA

Como todos los días, con Lolín. Pero Agueda está en casa.

Y como la lateral izquierda se abre en este momento, añade AMA CONCHA, saliendo:

Aquí la tiene usted.

Efectivamente; ÁGUEDA entra en escena por la lateral izquierda. SALAZAR siguiendo el gesto de AMA CONCHA, se vuelve á mirar: quedan uno enfrente de otro. Hay un segundo de turbación; pero ÁGUEDA, tranquila y afectando todavía mayor tranquilidad, con una sonrisa, dice:

ÁGUEDA

¿No se encuentra arreglo? ¿Se nos marcha usted irremisiblemente?

SALAZAR

Esta tarde.

ÁGUEDA

Me lo han dicho.

SALAZAR

Y lo siento.

ÁGUEDA

Fingiendo escandalizarse.

¡Lo siente! Es la primera vez que emplea ese verbo despreciable. Andamos mal.

SALAZAR

Muy grave, contrastando con la fingida ligereza de ÁGUEDA.

Andamos mal.

Hay una pausa. Ni uno ni otro se deciden á dar un cauce al diálogo. Repentinamente ÁGUEDA, que se entretenía haciendo manojitos con el espliego, pregunta:

ÁGUEDA

¿Sabe usted quién almuerza hoy con nosotros?

SALAZAR

Con naturalidad.

¿Valtierra?

ÁGUEDA

Sí; Valtierra. ¿Se lo han dicho?

SALAZAR

No.

ÁGUEDA

Entonces, ¿cómo?...

SALAZAR

Es natural. Ustedes se van mañana.

ÁGUEDA

¿Y qué?

SALAZAR

Ni el Doctor Ayezcua, ni usted, son capaces de hacer nada á medias. Y esta visita de Valtierra era inevitable hoy mismo, á cualquier hora del día, Para que diera usted remate á su obra, francamente, á corazón abierto. Ponga usted que me hizo su pregunta brillantes los ojos de satisfacción, de la satisfacción que va con el deber cumplido, y yo no necesitaba más para que el nombre de Valtierra acudiera á mis labios en seguida.

ÁGUEDA

Ya... Es verdad... Tiene razón.

SALAZAR

¿Ve usted?

ÁGUEDA

¿De modo que usted por lo menos comprende que yo esté satisfecha de esta obra?

SALAZAR

De esta obra, sí. Pero es una satisfacción de la voluntad que puede estar reñida, que está reñida muchas veces con el corazón.

ÁGUEDA

Dígalo todo. Diga usted que estoy contenta de haberme sacrificado por el bien de Lolín; pero que sufro, que sufro horriblemente todavía pensando en Valtierra. Porque usted acepta como artículo de fe que yo no puedo olvidarle... Dígalo.

SALAZAR

Fué usted, precisamente usted, la que dijo que no olvidaría aquí mismo, no hace mucho, en una conversación que por mi parte—se lo juro á usted—yo tampoco he de olvidar.

ÁGUEDA

Malhumorada, como dejando una conversación fastidiosa.

Me da lo mismo.

SALAZAR

Y yo lo siento.

ÁGUEDA

¡Y van dos veces!

SALAZAR

No he pretendido nunca suprimir el verbo sentir de la Gramática. Me limito á conjugarlo siempre con un auxiliar tácito; el verbo pensar.

ÁGUEDA

Está bien. Pues aquella tarde parecía usted más razonable. Ó fué más generoso.

SALAZAR

¿Yo? ¿Por qué?

ÁGUEDA

Me habló de una alucinación de los sentidos.

SALAZAR

Que usted rechazó.

ÁGUEDA

De dar un paso en falso.

SALAZAR

Que negó indignada.

ÁGUEDA

De un posible engaño.

SALAZAR

Al que usted opuso la seguridad del corazón.

ÁGUEDA

Yo no estaba preparada para la vida sentimental.

SALAZAR

También lo dije; pero me exponía á quivocarme. Estas advertencias...

ÁGUEDA

Estas advertencias se hacen á los corazones locos como el mío, así en general, sin pensarlo, para salir del paso, de memoria. Descontando su inutilidad... Anunciándoles una caída; pero sabiendo que se emplearán las mismas, á los pocos días, para anunciarles otra... ¡qué vergüenza!

SALAZAR

Estas advertencias, Agueda, independientemente del fervor con que yo las pronunciara, se estrellaron en la convicción de usted. Su seguridad precisamente hizo, aquella tarde, de estas advertencias palabras sin sentido.

ÁGUEDA

¡Palabras!... ¡Y yo he podido ser tan cándida estos días!... Ya ve usted... En el desbarajuste de mis sentimientos, cuando unas veces desconcertada y otras alegre y otras furiosa de lo que me ocurría, creí volverme loca, he tenido el candor de repetirme las palabras de usted una por una.

SALAZAR

Con emoción, á pesar suyo.

¿Sí?

ÁGUEDA

Casi entregándose.

Me parecían una disculpa. Me aclaraban mis dudas. Eran mi tabla de salvación. Casi le estaba á usted agradecida. Creí que usted habló porque me conocía; que en mi caso había algo de lógico, de natural, de humano. Me parecía imposible que, no siendo natural, pudiera usted prever...

Se detiene; vacilando, mira á SALAZAR.

SALAZAR

Conteniendo la emoción de antes.

¿Qué, Agueda?

ÁGUEDA

Desconcertada ya.

No sé; no me entiendo.

SALAZAR

¿Procura entenderse?

ÁGUEDA

Inefable; tono de reconvención.

Usted no me ayuda.

SALAZAR

Conteniéndose.

¿Cómo puedo?

ÁGUEDA

Violenta otra vez.

Si necesita preguntarlo, es que no puede usted... De ningún modo...

Y cortando bruscamente el diálogo, vuelve la espalda á SALAZAR, haciendo ademán de retirarse: SALAZAR, yendo á ella con pasión apremiante.

SALAZAR

¡Agueda, no! ¡Quédese usted.

ÁGUEDA

Revolviéndose, dice:

Salazar...

SALAZAR

Dominándose.

Perdón, olvide el tono; pero atienda la súplica, por Dios... quédese usted. Me marcho dentro de unas horas. He sido durante seis años un intruso inútil en la afección de ustedes, y este verano, para mi desgracia, el confidente obligado de un dolor que, además, no ha estado en mi mano remediar. Nunca mi presencia tuvo nada de halagüeño para usted.

ÁGUEDA

Salazar...

SALAZAR

Y en adelante, á pesar mío, tendrá mucho de enojoso y violento; por lo menos, el recuerdo de estos malos días.

ÁGUEDA

No.

SALAZAR

Quiero decir que vamos á despedirnos para mucho tiempo; tal vez para siempre...

ÁGUEDA

¿Qué?

SALAZAR

Terminando impasible, pero profundamente emocionado.

...si tengo fuerza. Por lo mismo vuelvo á suplicarle que no se vaya usted, así... bruscamente. Contribuya á un engaño bien inútil, pero piadoso; déjeme figurarme que se despide de usted—no el amigo que yo he sido—sino el que hubiera deseado ser.

ÁGUEDA

Lealmente y bajando los ojos.

Ahora le creo á usted injusto, Salazar. Seis años que nos conocemos; seis años que hemos convivido en «Los Rosales» y usted no significa nada para mí... ¿no es eso? Pues bien, yo cierro los ojos, miro al tiempo que pasó, y en estos seis años no recuerdo impulso de mi alma, rebeldía de mi instinto, duda de mi pensamiento, alegría, dolor, esperanza, desengaño, momento alguno de mi vida que no haya sido objeto, para nosotros dos, de una conversación ó de una confidencia. Niéguelo usted. Yo lo he pensado estos días y me he

asombrado, le confieso á usted que me he asombrado, de que no me fallara el recuerdo una vez sola. Donde mi alma daba un paso, allí estaba Salazar, casi siempre un poco demasiado grave, para indicarme el sitio en que había de poner el pie. Si no es amistad...

SALAZAR

No; porque recuerde usted el ceño duro, la altanería, graciosa en apariencia, pero en el fondo cruel, Agueda; la casi indignación con que ha recibido usted siempre mis consejos.

ÁGUEDA

Con calor y animación.

¡Siempre! Y á los pocos días, con ceño, indignación, altanería y todo, volvía incorregible en busca de otros. Si no es más que amistad, necesidad de mi alma, fe en usted, no sé, no entiendo.

SALAZAR

Con calor también.

Yo sí entiendo. Pudo ser todo menos cariño y afección. Estoy seguro. Perdóneme usted. La primera vez que su alma ha tenido para alguien una sonrisa, un resplandor de sentimiento, prescindamos del nombre, no ha sido la amistad de seis años, sino la flamante y casual amistad de un desconocido la que gratuitamente gozó de ellos.

ÁGUEDA

¡Por Dios, Salazar! Yo le tolero á usted reproches, humillaciones no. Usted se empeña en que nos despidamos y hace lo posible por darle á nuestra despedida una solemnidad definitiva. Tal vez sin pensarlo, es usted más cruel que yo lo fuí nunca; pero no protesto. Al revés. Deseo contribuir á esta solemnidad de nuestro adiós. Quiero aprovechar este momento para exigirle una promesa. ¿Es pedir mucho?

SALAZAR

Diga usted.

ÁGUEDA

Con toda mi alma, de todo corazón, y esta vez *pensándolo* además, yo le ruego á usted que, si algún día me recuerda, no me juzgue nunca por esta historia triste de Valtierra.

SALAZAR

¿Qué derecho tendría á recordar lo que no me pertenece?

ÁGUEDA

Recuérdeme usted como yo he sido siempre. No como estos meses. Con mis defectos que son muchos, con mis pobres cualidades, que alguna he de tener. Con todo lo que es mío, sí. ¡Pero esto no lo fué!... ¡no lo fué nunca!

SALAZAR

Entonces, Agueda...

ÁGUEDA

Yo no sé lo que ha sido. Un hechizo, un delirio, una pesadilla. Eso habrá sido. Un sueño malo, y me doy cuenta al despertar, por el dolor de corazón que me ha quedado. Ni un instante dejé de comprender que hacía mal. No les debo una hora de felicidad á aquellos días. Nunca estuve ciega. Pero amaba sin querer. Ni me lo explico de otro modo, ni tengo otra disculpa, Salazar. Amaba por probar mi amor. Como el gañán canta en el campo, sin objeto, por la alegría de hacer saltar su voz al aire libre. Me respondió un eco de mí misma desde un corazón y fué mi desgracia. Tal vez desde otro habría sido la felicidad. De todos modos, así fué... Usted me conoce, usted me cree y usted olvidará... ¿verdad?

Con cierta emoción en la voz y acercándose á él.

¿Me lo promete?

SALAZAR

En un arranque de alegría que no puede reprimir.

Sí. Se lo prometo..., y gracias, Agueda.

ÁGUEDA

Femenina, recibiendo de lleno todo el calor de emoción de SALAZAR y dueña de la situación desde este momento.

Soy yo la que agradece..., ¿usted por qué?

SALAZAR

Reteniéndose; con un último recelo, disimulando.

¿Yo?... ¿por qué?... Es verdad. No sé: tal vez porque después de estas palabras no hemos de separarnos para tanto tiempo; tal vez porque puedo empezar á cumplir mi promesa desde ahora, estrechando su mano con la amistad pura de antes; sin que haya una sombra entre nosotros dos.

Un silencio y da un paso hacia ella, tendiéndole su mano.

Adiós, Agueda.

ÁGUEDA

Con una sonrisa: reteniendo un poco la mano de SALAZAR.

Se precipita usted.

SALAZAR

¿Yo?

ÁGUEDA

Sí, amigo mío.

Deja libre la mano de SALAZAR.

Sería la primera vez que se despidiera usted de mí, sin darme un consejo.

SALAZAR

Ya no los necesita usted: ha sufrido; el dolor enseña más que un libro bueno.

ÁGUEDA

Pero acobarda.

SALAZAR

Acaso.

ÁGUEDA

Me engañé una vez, y ha sido tan doloroso, que no quisiera engañarme más. Aconséjeme usted. ¿Es posible distinguir desde el primer momento el verdadero amor del falso? Si no fuera posible yo creo que renunciaría para siempre á todo amor. Le he cogido miedo.

SALAZAR

Haría usted mal; la vida sin amor es moralmente incompleta.

ÁGUEDA

Con una ironía suave y llena de insinuación viva.

La moral de usted es el libro de los enamorados.

SALAZAR

El libro de los enamorados es la moral de todos. ¿Por qué no? Hacer el bien y amar son una cosa misma.

ÁGUEDA

Creo que he de comprenderle á usted: venga el consejo.

SALAZAR

Primero un recuerdo... y el consejo al fin. ¿Usted permite?

ÁGUEDA

Se lo ruego.

SALAZAR

Hay en un pequeño Museo de Italia un cuadro que pintó Rafael, representando las bodas de María de Nazareth, Madre de Cristo. ¿Ha visto usted reproducciones?

ÁGUEDA

Muchas. Siga.

SALAZAR

Delante de aquel cuadro, yo comprendí una mañana, hace ya tiempo, lo que debe ser el verdadero amor.

ÁGUEDA

¿Estaba usted enamorado?

SALAZAR

Una pausa; con una emoción inconfundible, mirándola á los ojos; la voz grave.

Lo estaba ya, sí, Agueda.

Un sobresalto que Águeda domina deliciosamente.

Por la unción que puso el artista en las figuras, se me reveló, aquella mañana, totalmente, la significación de un símbolo que siempre me había parecido trivial en nuestra leyenda. Recuerde usted los Evangelios. Me refiero á la rama cortada que debe dar flores en manos del esposo escogido, para significar la voluntad del cielo. Pues esta rama cortada, que debe dar flores, es la imagen del verdadero amor que busca usted.

ÁGUEDA

Interesada.

¿Por las flores?

SALAZAR

No. Porque no las tiene; y porque antes de darlas, ha de echar raíces; y porque arraiga sobre el corazón, en vivo, y este arraigar es doloroso y lento. No hay amor trivial y pasajero que no llame á nuestro corazón con flores en la mano. Son la ofrenda del primer instante y son efímeras. Las tuvo Valtierra para usted. Yo vi una... y ya estaba marchita cuando cayó sobre esta mesa. El verdadero amor es árido, al principio. Más que una ofrenda, un martirio. Pero cuando, después de echar raíces, nos da flores, estas del verdadero amor no se marchitan: mientras haya sangre en nuestro corazón tendrán savia que las renueve y las mantenga; porque han nacido allí; no vienen de fuera.

Águeda y él están en pie muy juntos; ella domina ya con dificultad su propio impulso cogiéndole ambas manos; Salazar, que ya no se retiene, añade con una voz que casi solloza:

Y mi consejo, Agueda, es este: desconfíe usted de todo amor que traiga flores como ofrenda del primer instante. Las del verdadero amor han de esperarse, porque tardan, Agueda, tardan siempre.

La atrae y ella no opone resistencia.

ÁGUEDA

¿Tardan mucho, Salazar?

SALAZAR

Se olvida el tiempo.

ÁGUEDA

Inefable, mirándole.

¿Pueden tardar seis años?

Como ruborizada, y sintiéndose irresistiblemente atraída por SALAZAR en este momento; después de decirlo esconde el rostro en el hombro de SALAZAR.

SALAZAR

¡No, Águeda mía!... Pueden tardar más y siempre tardan menos. Menos, porque la primera que apunta convierte en flores todos los sufrimientos de otros días. Más, porque los años se suceden, en en cada año hay primavera, y todavía á la vejez, cuando blanquean de invierno las cabezas, la *florecilla de las nieves* puede ser una ofrenda de este amor.

Se separan y quedan como cohibidos un instante.

ÁGUEDA

¿Se va usted esta tarde, Salazar?

SALAZAR

Si usted no quiere, no.

ÁGUEDA

¿Sabe su madre lo que ha sufrido usted estos seis años?

SALAZAR

¡Mi madre! Mi madre sabe que te adoro desde el primer momento.

ÁGUEDA

Entonces vete y dile tú que me perdone. Tal vez tendrá alegría... y no sería justo retardársela. ¿Me quiere tu madre?

SALAZAR

Llevo seis inviernos hablándola de ti. Perdí una vez un retrato tuyo, de pequeñita, que me dió tu padre... ¡un robo de ella!... ¡y no me lo ha devuelto!

ÁGUEDA

¡Madre mía! ¡Qué delicia, por fin, estas palabras!... ¿verdad? Vete... y no me olvidéis los dos este invierno.

SALAZAR

Pero...

ÁGUEDA

He pecado... me castigo... Y además, es tu consejo.

Señalando la enredadera del fondo.

Mira las ramas. Están sin flores... desnudas, áridas... Tal vez las heló mi ceguedad prematuramente.

SALAZAR

¡Pero ya tienen raíces!

ÁGUEDA

No importa. Las flores del verdadero amor han de esperarse. Y esta vez quiero que sea el verdadero.

SALAZAR

¡Yo estoy seguro ya! ¡No me resigno!

ÁGUEDA

Nos volveremos á ver...

SALAZAR

¿Cuándo?

Como si las palabras tuvieran luz; tanta es la fuerza de promesa que pone en el gesto y en la voz.

¡Cuando florezcan los rosales!

Se abrazan.

TELÓN

París, Noviembre 1912.

OBRAS DEL AUTOR

	Pesetas.
Las hijas del Cid.—Premiada por la Real Academia Española...........	3,50
Doña María la Brava.................	3,50
En Flandes se ha puesto el sol.—Premiada por la Real Academia Española	3,50
La Alcaidesa de Pastrana............	2,50
El rey trovador.....................	3,50
Elegías.—Biblioteca popular........ .	1,00



